

numero 76.

17287

ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA

EN ARAS

DE LA

JUSTICIA

DRAMA DE CARÁCTER HISTÓRICO

ORIGINAL DE

DON DANIEL BALACIART

Teatro de Apolo. — 2 Diciembre de 1875

MADRID

CALLE DE SEVILLA, 14, PRINCIPAL

1875

L47 - 6711

99-6a

ADMINISTRACION LINGÜO-DRAMÁTICA

EN ARAS

UN ACTO

JUSTICIA

DRAMA DE CARACTER HISTÓRICO

ACTO ÚNICO

DE DON DANIEL BALAGUER

Terminó el Apolo.— 2 Diciembre de 1878

MADRID

CALLE DE DEVILLA, N.º PRINCIPAL

1878

477-6711

EN ARAS
DE LA
JUSTICIA

DRAMA DE CARÁCTER HISTÓRICO

ORIGINAL DE

DON DANIEL BALACIART

Teatro de Apolo. — 2 Diciembre de 1875

Daniel Balaciart

MADRID
IMPRESA DE T. FORTANET

29 — CALLE DE LA LIBERTAD — 29

—
1875

IN ANS

LECTIA

THE UNIVERSITY OF

WON DANIEL TILGERT

Reg. no. 25066/26.

MAILED

DEPARTMENT OF

1876

Á LA EMINENTE ARTISTA

DOÑA TEODORA LAMADRID

Como justo tributo de admiracion y gratitud dedica esta obra

El Autor.

REPARTIMIENTO.

PERSONAJES.	ACTORES.
JIMENA -----	Doña TEODORA LAMADRID.
DOÑA ELVIRA -----	» ENRIQUETA LIRON.
ALFONSO CEBRIAN-	DON JOSÉ MATA.
RAMIRO DOMIR-----	» MANUEL VICO (1).
LIÑAN -----	» JULIO PARREÑO.
ZAYA-----	» FRANCISCO BENAVIDES.
UN INFANZON-----	» PEDRO MORENO.

Infanzones, pecheros, pueblo, etc.

La acción del primer acto pasa en los alrededores de Calatayud; la de los restantes en la casa del Justicia de dicha villa.

ÉPOCA. — AGOSTO DE 1862.

(1) Este personaje se creó para el eminente actor D. Antonio Vico; pero después del reparto y algunos ensayos, no permitiéndole desempeñarlo el estado de su salud, se encargó de él con abnegación, que el autor le agradece, el apreciable actor que arriba se cita.

Esta obra es propiedad de su autor y nadie podrá sin su permiso reimprimirla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de don EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

El escenario representa terreno franco en los alrededores de Calatayud; limitan el horizonte unos cerros calverizos; el lugar de la escena está limitado por una cerca informe, que tiene salida al campo por el foro, y por la derecha en segundo término, por medio de puertas construidas con palos sin labrar; en primer término, á la derecha, una casa rústica, cuya puerta está resguardada por un cobertizo; debajo de éste, sobre una mesa, vasos, una vasija y restos de una comida.

ESCENA PRIMERA.

DOMIR, ZAYA Y LIÑAN, *sentados al rededor de la mesa.*

LIÑAN.

El campo de Cariñena,
do líquidas mieles brotan
de los cargados racimos
que ofrecen sus viñas rojas,
bastaría á dar renombre
á la invencible Daroca,
si su constante desnudo
no la cubriese de gloria.
Bebed; bebed de esta sangre (Escanciando.)
que el brio aragonés dobla.
Bebed; que á todo cristiano
cumple beber sangre mora.

ZAYA.

En verdad que es bueno el vino. (Despues de beber.)

DOMIR.

La comunidad se honra
al esprimir de su seno
tantos rubís como gotas.

ZAYA.

Por eso, nuestros vecinos,
de Calatayud se mofan.

DOMIR.

Calla, que implica tu aserto
una falsedad notoria,
y todo el que la difunde
graves disturbios provoca.

(Al decir *calla*, se levantan, pasando á la izquierda del proscenio sin cesar en el diálogo.)

LIÑAN.

¡ Bien hablado ! Me complace
que de ese modo respondas
á palabras imprudentes...

DOMIR.

Que al bien de la patria tocan. (Interrumpiéndole.)
Sembrar maligna zizaña
entre hermandades tan próximas,
tan del reino fronterizas,
de combatir tan ganosas,
es abrir al enemigo
la puerta de la discordia,
conduciéndole al ansiado
camino de Zaragoza.

ZAYA.

No fué mi intento verter
contra esos pueblos ponzoña;
hermanos son, que á Castilla
enfrenan, cuando no doman,
y en sus pechos la fiera
del enemigo, se embota;
pero no hables tú de patria
con motivo de Daroca;
porque, al cabo, si defiendes
las comunidades todas,
es que tu gusto es comun
tratándose de sus mozas.

DOMIR.

No tanto; aunque á la verdad
me agradan y me enamoran,
hay una á quien yo distingo
con entusiasmo entre todas.

ZAYA.

¡Distinguir! ¡Qué desatino!
¿Y qué diferencia notas
entre esos séres inútiles,
que cual juguetes arroja
el acaso en tu camino
para que hastiado los rompas,
cuando á disipar no basten
de tus enojos las sombras?

DOMIR.

No blasfemes. La mujer
es un ángel que soporta
todo un mundo de amarguras
con resignacion heróica,
y nuestra triste existencia
de gratos placeres borda.
Si acaso tiembla cobarde
ante una desdicha corta,
las tempestades del alma
enérgicamente arrostra,
serena como ese cielo
de cuya límpida bóveda
á veces el huracan
con loco vértigo brota.
Nada hay más grande en el mundo,
envuelto en más débil forma;
no registran ningún hecho
las páginas de la historia,
sin que en él, de su influencia
el mérito se conozca:
no das un paso en la vida
que ella no alfombrase de rosas;
cuando combates y vences
á ella ofreces tus victorias,
y ella sólo te consuela

del pesar de una derrota.
No hables mal de las mujeres;
no las mancille tu boca;
que por ellas tienes sér,
tienes vida, y tienes honra.

ZAYA.

¡Para predicar posees
una elocuencia pasmosa!

LIÑAN.

Para proclamar verdades,
están las galas de sobra.

ZAYA.

Pues yo prefiero atenerme
á lo que me enseñan todas,
fácilmente consintiendo
en su horizonte una sombra.

DOMIR.

El que más triunfos refiere
es quien sufre más derrotas;
no es propio del vencedor
contar ignoradas glorias,
que, á ser ciertas, se envilecen
cuando á los labios asoman.
Aprende en mí: yo confieso
que voy en pos de una hermosa,
y de obtenerla no abrigo
la esperanza más remota.
Este paseo imprevisto,
ese licor, esas copas,
el deseo de admirarla
únicamente denotan...

ZAYA.

¿Vive aquí?

DOMIR.

Tal vez.

LIÑAN.

¿Tal vez?

DOMIR.

Una peregrina historia,
ó acaso un grave misterio
hay en todo.

ZAYA.

No me asombra;
que lo apartado del sitio
predispone á cualquier cosa.

DOMIR.

Esçuchad: cuando su alteza
el rey, que tanto nos honra,
entró en la villa á evitar
nuestras civiles discordias...
entre los nobles y damas,
ornato de su corona,
que en muestra de vasallaje
ante su trono se postran,
ví una mujer... que los ángeles
no la sueñan más hermosa;
¡ pues como ella, ni el cielo
tuvo jamás otra copia!
Díjeme amores confuso...
me sonrió desdeñosa...
y despues... no volví á verla.

LIÑAN.

¿Cómo es eso?

DOMIR.

Se me antoja
que se marchó de la villa
cual se disipa una sombra.

LIÑAN.

¿Quién era?

DOMIR.

Nunca lo supe:

y corrí con ánsia loca
sin dejar pueblo ni aldea
las comunidades todas.

* Desde entónces, su recuerdo
tiempo ni distancia borran;
y como el fuego escondido
cuanto le cerca devora,
late iracundo, y su cárcel
hasta quebrantarla azota,
este amor ha ido creciendo;
llena mi existencia toda;
y me siento por lograrle
capaz de acciones heróicas,
de aquellas que á las edades
por gigantescas asombran. *

Pues bien: ó Dios ó el acaso,
ese ángel que me enamora,
han lanzado en mi camino...
y vive aquí; en esta choza.

ZAYA.

¿De veras?

DOMIR.

Sí; ó mis deseos
tan rara ilusion se forjan.
La he visto.

LIÑAN.

¿Pero una dama
vivir aquí?

ZAYA.

Sin lisonja;
no está tu juicio sano.

DOMIR.

Pues no es fingida la historia.

LIÑAN.

¿Pero has hablado con ella?

DOMIR.

Aun no.

ZAYA.

¿Y por qué no interrogas
á todo el mundo, y te evitas
las dudas y las zozobras?

DOMIR.

Dices bien: llamo á la anciana
que nos ha servido, y... ¡Holá! (Llamando.)
¡Sacadnos vino! ¡Más vino,
y henchid de nuevo las copas!

ZAYA.

Tú has perdido la razon,
y has fingido en otro sér
la forma de la mujer
que vive en tu corazon.

LIÑAN.

Digo lo mismo; te inflama
tanto ese amor vehemente,
que estás viendo eternamente
en todas partes tu dama.

ZAYA.

Noble, bella, y casi sola...
¡Qué solemne desatino!

DOMIR.

Pudiera ser...

ZAYA.

¿Pero el vino
por qué no lo sirven? ¡Holá! (Llamando.)

ESCENA II.

DICHOS: JIMENA.

JIMENA. (Apareciendo en la puerta con rubor y cortedad.)

Señor...

LIÑAN.

¡Qué raro portento!

DOMIR.

¡Es ella, Liñan, es ella!

(Con exaltacion, pero sin alzar la voz.)

¡No alumbra más clara estrella
el manto del firmamento!

ZAYA.

Llena esas copas.

(Acercándose á Jimena, despues de reprimir el asombro que le ha causado su aparicion.)

DOMIR.

¡No tal!

y loco está quien lo exija.

ZAYA.

Calma: llena esa vasija.

(Conteniendo á Domir con un gesto de inteligencia, y acercándose más á Jimena.)

JIMENA.

Voy.

(Coge la vasija, y al retirarse la habla Zaya en voz baja.)

ZAYA.

¡Vé, Jimena Vidal?

JIMENA.

¡Callad! (Estremeciéndose.)

ZAYA.

Así me conviene. (En voz baja.)
Usaré prudencia y maña;
pero cuenta con mi saña
como el rencor me lo ordene.
(Entra Jimena en la casa.)

ESCENA III.

DOMIR, LIÑAN Y ZAYA.

DOMIR.

¿Qué la dijiste?

ZAYA.

¡Yo! Nada.
Pregunté y no satisfizo.

DOMIR.

¡Es ella! ¡Qué noble hechizo
resplandece en su mirada!
Marchad, que decirla quiero
á solas mi dulce pena.

ZAYA.

¿Sabes su nombre?

DOMIR.

¡Jimena!

ZAYA.

¿Qué más?

DOMIR.

No sé; mas... lo infiero
desde que no tengo calma;
desde que amor he aprendido,
y con ánsia la apellido
Jimena...

ZAYA.

¿De qué?

DOMIR.

¡Del alma!

ZAYA.

(No la conoce.)

DOMIR.

Marchad.

LIÑAN.

Escucha.

ZAYA.

(Callar es bueno.)

LIÑAN.

No libes aquí el veneno
de alguna amarga verdad.

DOMIR.

No temas.

LIÑAN.

En buena lid
ya conozco tu bravura;
pero sola, bella y pura...
sospecho cualquier ardid.
Mira lo que haces, Ramiro,
que no basta ser valiente.

DOMIR.

¿Pero no ves, inocente,
que por los riesgos suspiro?

LIÑAN.

Oye y pesa la razon
reflexionando un instante.

DOMIR.

¿Quién razona si ¡adelante!
le grita su corazón?
Idos.

ZAYA.

A todo me ajusto
y que la vences apuesto.

LIÑAN.

No sé qué hallo de funesto
en tu capricho.

ZAYA.

Haz tu gusto
(y el mio, que en ello estriba.)

DOMIR.

Dejadme ya, que aquí sale.

(Váse Liñan, Zaya le sigue y dice los siguientes versos ántes de desaparecer por el foro, sin que lo advierta Domir, extasiado ante Jimena, que aparece á la puerta de su choza.)

ZAYA.

(Veremos, pues tanto vale
si con Domir es altiva;
si sus amores rechaza
cual rechazó mi pasión,
y veremos qué impresion
le ha causado mi amenaza.)

ESCENA IV.

DOMIR Y JIMENA.

(Jimena deja la vasija sobre la mesa é intenta retirarse; Domir la detiene.)

DOMIR.

¿Dónde vas?

JIMENA.

A proseguir
mi tarea voy.

DOMIR. (Con entusiasmo.)

¡Jimena!

¡Preciosísima azucena
 á quien querré hasta morir!
 ¡Cuán bello ha de ser vivir
 mirándose en esos ojos;
 libando en tus labios rojos
 miel por ellos perfumada,
 y encendiendo en tu mirada
 todo un volcan de sonrojos!
 ¡Cuán bello fijar amante
 en el azul de ese cielo, (Por los ojos.)
 de un amoroso desvelo
 la agitacion palpitante!
 ¡Ver en su fondo brillante
 desvanecerse la calma!
 ¡Ver quién obtiene la palma;
 quién lidia con más firmeza;
 la nieve de la pureza
 ó los incendios del alma!

JIMENA.

Señor... (Confusa.)

DOMIR.

¡Quiero despertar
 de ese busto peregrino
 el sentimiento divino
 que lo ha de transfigurar!
 ¡Quiero á la puerta llamar
 de tu instinto de mujer!
 ¡Quiero hacerte comprender
 que al yugo de amor rendida,
 puede cobrar nueva vida
 y nuevo encanto tu sér!
 Ven. (Tratando de cogerla una mano.)

JIMENA.

Con el temor que siento
 no acierto lo que me pasa. (Aturdida.)

DOMIR.

Es del amor que me abrasa
el calcinador aliento;
el despertar turbulento
de tus dormidas pasiones;
el tumulto de emociones
que al estallar en tu pecho
golpean el muro estrecho
de sus mezquinas prisiones.

JIMENA.

No juzgues mi corazón
así, porque así no siente;
y ofensas que no consiente
mira acaso en tu pasión.

DOMIR.

¿No es noble mi condición?

JIMENA.

Más que noble, soberana,
y por eso no se hermana
entre ambos afecto doble,
á no ser tú ménos noble
ó yo mucho más villana.

DOMIR.

Deja dudas y temores
en mal momento nacidos;
ven, y marchemos unidos
cantando nuestros amores;
cruza la senda de flores
que tu belleza ilumina;
goza el placer que adivina
en sus impulsos el alma;
despierta ya de la calma
que te enerva y te domina.

JIMENA.

¿Quién al mirar un empeño
á través de esa pasión

nacida sin ocasion
 como la trama de un sueño;
 adormecida al beleño
 de otro amor puro y gigante;
 oyendo el eco distante
 de otra divina armonía,
 seguir liviana podria
 la inspiracion de un instante?

DOMIR.

¿Tienes galan? (Contrariado.)

JIMENA.

Y gallardo.

DOMIR.

¡Infanzon!

JIMENA.

No tal; pechero.

DOMIR.

¿Y así le quieres?...

JIMENA.

Le quiero,
 y fé constante le guardo.

DOMIR.

¿Y quién es ese bastardo
 que tal amor ambiciona?

JIMENA.

¡Un mancebo, á quien abona
 este amor, de tal manera,
 que digno le considera
 de ceñirse una corona!
 Bravo y apuesto doncel,
 que ilumina el alma mia,
 como si la luz del dia
 tuviese origen en él;
 cual si divino cincel,

en pos de inmortal trofeo,
realizando un devaneo,
cuerpo prestando á mi afán,
al esculpir mi galan
cincelase mi deseo.

DOMIR.

¡Basta! (Con despecho.)

JIMENA.

Ese rostro severo...
¿Pude ofenderte, señor?

DOMIR.

Medita todo el valor
que encierra esta frase: « Quiero. »

JIMENA.

Penetra como un acero
tan duro acento en mi oído.

DOMIR.

Tú nécio amor al olvido
es necesario que entregues.

JIMENA.

¡Será preciso que ciegues
la fuente donde ha nacido!

DOMIR.

Yo haré con joyas y galas
que brote el olvido suave.

JIMENA.

¡Con perlas no vuela el ave
cuando le cortan las alas!

DOMIR.

Esa protesta que exhalas,
veraz, Jimena, ó ficticia,
será la postrer caricia
que yo permita á tal yugo.

JIMENA.

¡No puedes ser mi verdugo
siendo hijo del Justicia!

DOMIR.

Oro tengo; infanzon soy;
y al engastar tu belleza
en piélagos de riqueza,
mato el recuerdo de hoy.

JIMENA.

¡Jamás! (Pequeña pausa.)

DOMIR.

A ordenarlo voy,
y hallarte dispuesta espero.

JIMENA.

¡Mas, señor!...

DOMIR.

Di á ese pechero
que olvide ventura tanta,
si está bien con su garganta.

JIMENA.

¿Por qué?

DOMIR.

Porque yo lo quiero. (Váse foro izquierda.)

ESCENA V.

JIMENA *pasando á la izquierda.*

JIMENA.

¡Ay, mi risueño horizonte,
qué negras tintas descubres!
Tranquilas fueron mis horas
bajo estos cielos azules;

en esta humilde morada,
que el sol con sus rayos funde,
de esposa, gocé, y de madre
las gratas incertidumbres;
por todas partes, aquí,
recuerdos de dicha surgen.
Aquí por la vez primera
ví de sus ojos la lumbré,
centelleando en mi alma
como la luz en las nubes.
Aquí suspiré en su oído
revelaciones tan dulces,
que exhalaban esperanzas,
como las flores perfume.
Aquí brotó mi ventura,
y aquí mi sér se confunde
entre los tiernos afectos,
que mal un secreto cubre,
de un galán que me enamora
y un ángel que me seduce.
¿Por qué esta plácida calma
han de turbar inquietudes,
recelos y sobresaltos,
con su mortal pesadumbre?
* ¿Por qué mi génio del bien,
siniestramente voluble,
sobre mi pobre cabeza
las tempestades sacude? * (Transición.)
Cobardes lamentaciones
á ningún fin me conducen;
tengo deberes sagrados,
satisfacerlos me cumple.
¿Pero cómo?... Siendo honrada, (Con decisión.)
ocioso es que lo pregunte. (Se dirige á la casa.)

ESCENA VI.

JIMENA y CEBRIAN. *Éste sale por la puerta de la derecha.*

CEBRIAN.

¡Jimena!

JIMENA.

¡Cebrian! (Se abrazan.)

CEBRIAN.

Tu Alfonso
viene hoy á pedirte albricias.
Pero... ¿Qué tienes? ¿Por qué
te encuentro tan conmovida?

JIMENA.

La sorpresa... la emocion... (Vacilando.)
por tu llegada imprevista...

CEBRIAN.

Mírame bien á los ojos. (La contempla con fijeza.)
¡Leo en los tuyos mentira!
¿Quién te ha enseñado, Jimena,
á usar conmigo perfidia?
¿Por qué con ficcion traidora
tus puros labios mancillas?

JIMENA.

Alfonso... (Confusa.)

CEBRIAN.

Di lo que tienes.
La horrible duda disipa
que hace presa de mi espíritu
nublándome la alegría. (Pequeña pausa.)
¿No ves que de tus palabras
pendiente tengo la vida?
Habla pronto.

JIMENA.

En realidad
la explicacion es sencilla;
se funda en presentimientos
que la soledad me inspira.
Tengo dueño y estoy sola,
y al mirarme desvalida,
no es muy extraño que algunos
insolentes me persigan;
pues sola, hasta la villana,
por más villana es tenida.

CEBRIAN.

Jimena... ¿Esas reflexiones
de tus recelos son hijas,
ó se mezcla un nombre en ellas?
Sé veraz, y sé concisa;
pues de pensarlo tan sólo
mi sangre se precipita
al corazon, tan violenta,
que puede ahogarme la ira.

JIMENA.

Quizá de mis sobresaltos
la causa es bien conocida.

CEBRIAN.

Dime cuál es.

JIMENA.

Eso, nunca.

CEBRIAN.

Lo que respondes, medita;
porque si pido á la espada
explicacion del enigma...
mi honra...

JIMENA.

Tú la vulneras (Con indignacion.)
con esa sospecha indigna.

CEBRIAN.

Oye...

JIMENA.

No he de tolerar
ni áun de tus labios, mancilla;
pues quien soporta una afrenta,
que la merece confirma.

CEBRIAN.

Yo no te afrento, Jimena;
¿mas cómo, si amor me hostiga,
consentiré que el tesoro
me roben, de tus caricias?

JIMENA.

¡Que lo pretendan, dirás!

CEBRIAN.

Casi es lo mismo.

JIMENA.

¡Mentira!
¡Media toda la distancia
que hay de la muerte á la vida!
Pues mientras luzca brillante
el fuego de mis pupilas,
ningun torpe pensamiento
en mi conciencia gravita:
¡que si en ella se fijara,
me diera muerte yo misma!

CEBRIAN.

¡Calla!]

JIMENA.

¡No puedo callar,
que tus sospechas me indignan!
Y si has de juzgar voluble
mi fé, el secreto publica;
dí al mundo que soy tu esposa;

y si mis deudos se irritan,
porque no iguala la tuya
á su estirpe esclarecida,
coge en brazos á tu hijo,
ante sus plantas te humilla,
en que á la voz de la sangre
no serán sordos, confía;
y si lo son, y me matan,
bendice su mano altiva;
¡que, al ménos, muerta con honra,
podrás llorarme sin ira!

CEBRIAN.

¡Tú muerta! Calma ese afan.
A nuestro encuentro la dicha
viene al fin, por vez primera;
salgamos á recibirla.
Tus deudos, no recelando
que yo tē guardo escondida,
han ofrecido tu mano
á quien de tí dé noticias,
y se ennoblezca rompiendo
por el campo de Castilla
más pronto y con más denuedo;
yo haré que el Rēal embistan
mis pecheros, cuando el alba
de luz los espacios tiña,
y al terminarse la lucha
podré decir que eres mia,
reclamándote á tus deudos
cual premio de mi conquista.

JIMENA.

¿ No hay otro medio ?

CEBRIAN.

No hay otro.

JIMENA.

Tu arrojó es mi pesadilla.
No me traiga el nuevo sol
alguna infausta noticia.

Mira, Cebrian, que ese ángel (Señalando á la casa.)
en la orfanda quedaria...
y yo...

CEBRIAN.

En otros lazos presa... (Con cariño.)

JIMENA.

¡Cómo, si tú eres mi vida! (Con pasion.)

CEBRIAN.

No temas. De mis pecheros
notable es la bizzarria,
y el que se oponga á mi paso
de su furor será víctima.

ESCENA VII.

DICHOS: DOMIR, LIÑAN Y ZAYA. *Estos tres últimos personajes permanecen en el foro. Jimena pasa á la derecha.*

JIMENA.

¡Dios mio! (Con terror, al ver á Domir.)

CEBRIAN.

¿Qué te sucede?

JIMENA.

Nada.

CEBRIAN. (Siguiendo su mirada.)

El hijo del Justicia.
¿Por qué palideces? ¡Habla!
¿Es él acaso...?

JIMENA.

Deliras.

CEBRIAN.

No sé por qué me parece...

JIMENA.

Vamos. (Atrayendo hácia la casa á Cebrian.)

CEBRIAN.

Vé tú.

(Jimena insiste, pero á una señal imperiosa de Cebrian se retira.)

JIMENA.

¡Dios me asista!

(Entra, y Cebrian entorna la puerta.)

ESCENA VIII.

DOMIR, CEBRIAN, LIÑAN Y ZAYA.

DOMIR.

Así en vencerla confío.

LIÑAN.

Accion es harto villana.

DOMIR.

No ha de ser más aldeana
la reina de mi albedrío.

ZAYA.

Vencerás.

LIÑAN.

El hecho es rudo.
Si Jimena á otro galan
ama bien, aborta el plan.

CEBRIAN.

¡Jimena dicen! ¿Qué dudo?

LIÑAN.

Mira al ménos que á Guillen
tal vez tu audacia no cuadre.

ZAYA.

El que se queje á tu padre,
que se ponga con Dios bien.

DOMIR.

Es verdad.

ZAYA.

De mi persona
para tu intento dispon.

LIÑAN.

No secundo yo esa accion
ni á trueque de una corona.

DOMIR.

Déjame, pues.

LIÑAN.

Ya te dejo.

CEBRIAN.

La sangre en mis venas arde.

LIÑAN.

Quiera Dios no llegues tarde
á valorar mi consejo. (Váse por el foro izquierda.)

ESCENA IX.

DOMIR, ZAYA Y CEBRIAN.

DOMIR.

¡Hola, Cebrian! Con Castilla
(Avanzando, y quedando entre Cebrian y Zaya.)
te hacia yo en cruda guerra,
ensangrentando la tierra
al filo de tu cuchilla.
¿Qué haces aquí?

CEBRIAN. (Con intencion.)

Me prevengo
para cumplir mi deber.

ZAYA.

¿En frontera?

CEBRIAN. (Con intencion.)

Allí ha de ser,
si allí mis contrarios tengo.

DOMIR.

Es bravo tu corazon
y no es ligera tu mano;
bate bien al castellano
y serás pronto infanzon.

CEBRIAN.

No me alienta la codicia,
ni la ambicion, cuando lucho;
jamás otra voz escucho
que la voz de la justicia.
Si combato al fiero rey
de Castilla, es con razon;
si defiendo al de Aragon,
es porque acata la ley;
que al dejar la cumbre brava
me trajo á comunidad,
el ánsia de libertad
que entre los feudos soñaba.

DOMIR.

¿Eso dices?

CEBRIAN.

Eso digo.
Respeto nobleza y trono;
pero de ambos, con encono,
reclamaria el castigo,
si vulnerasen mi fuero
ó me infriesen afrenta.

ZAYA.

¿Y quién tomaría en cuenta
las demandas de un pechero?

CEBRIAN.

Quiera Dios que nunca llegue
para mí tan duro trance;
quiera Dios que á nadie alcance
el furor á que me entregue;
que á toda empresa gigante
fácilmente me acomodo,
y puedo atreverme á todo
al ver mi oprobio delante.

DOMIR.

¿Acaso tal explosion
es intencionado ultraje?

ZAYA.

Lo parece.

CEBRIAN.

Es que el coraje
me ha turbado la razon.

DOMIR.

Procura, pues, enfrenar
otra vez tu osada lengua;
porque si acepto la mengua
que resulta de olvidar
cuanto de tí me separa,
esa insolente bravura
que hazañas tales augura
puede costarte muy cara.
Llama á Jimena. (A Zaya.)

CEBRIAN.

¿A Jimena?

DOMIR.

¡Y me pregunta!

ZAYA.

¡Está loco! (Con gran extrañeza.)

DOMIR.

El fundamento no toco
de tal audacia. (A Cebrian.)

ZAYA.

Refrena
tus enojos, y ten calma. (A Domir.)

DOMIR.

Llama pronto á ese portento.
(Despues de hacer un gesto desdeñoso.)

CEBRIAN.

¡Señor, espera un momento,
que voy á hablar con el alma!
No quiero hacer la reseña
de cuanto lucho y batallo
al seguir como vasallo
constantemente tu enseña;
basta recordar la herida
que aquí recibí con gloria, (Al pecho.)
para perpétua memoria
de que á ella debes la vida.
¿No lo negarás?

DOMIR.

No niega el valor
ningun valiente.

CEBRIAN.

¿Y dirás que frente á frente
me bato en toda refriega,
y que por ello mi fama
los comuneros abonan,
en Castilla la pregonan,
Calatayud la proclama?
¿Que en buena lid jamás trunca
mi esfuerzo el varon más fuerte?

¿Que si algo busco es la muerte,
pero recompensas nunca?
¿Es verdad?

DOMIR.

La verdad pura.

CEBRIAN.

Pues por todo galardón,
te pido que el corazón
no me llenes de amargura.

DOMIR.

Habla claro.

CEBRIAN.

De mi sér
es dicha, norte é iman,
que colma todo mi afán
el amor de una mujer.
Yo no comprendo la vida
sin partirla con mi amada,
ni comprendo su mirada
sino en la mía absorbida.
A encontrarla en otros brazos
cuando dejo la frontera,
seguro: se me rompiera
el corazón en pedazos.
Pues bien: por ella te imploro.
¡No me la robes, señor!
¡Que yo no tengo otro amor,
otro bien, ni otro tesoro!

DOMIR.

Que una mujer te encadena
es lo que llevo á entender.
¿Conozco yo á esa mujer?

CEBRIAN.

¡Por mi desdicha! ¡Es Jimena!

DOMIR.

¡Jimena! (Con sorpresa y cólera.)

ZAYA. (A Domir, con ironía.)

De tus antojos
ese es el nudo gordiano.

DOMIR.

¿Y tú osas mirar, villano,
donde yo he puesto los ojos? (Con desprecio.)

CEBRIAN.

No soy ciego, por ventura,
ni tengo el alma dormida.

DOMIR.

Pero no tienes la vida
al molestarte, segura.

CEBRIAN.

Yo sirvo con lealtad
y me ampara el comun fuero.

ZAYA.

Como á pechero. (Con desden.)

CEBRIAN.

Pechero
que pecha en comunidad;
que en no interrumpida lucha
su brava sangre derrama,
como lo dice la fama
que en todo el reino se escucha.
Aldeano que el noble acero
coloca junto á la esteva;
aldeano que el rey no lleva
si no consagra su fuero;
porque á trueque de luchar
y á cambio de resistir,
quiere á su antojo sentir
y hasta se atreve á pensar;
pues en sirviendo á su rey,
libre de yugo feroz
nadie sofoca su voz
más que la patria y la ley.

DOMIR.

¿Oyes esto? (A Zaya.)

ZAYA.

¡Sí, por Dios!
¡Con asombro singular!

DOMIR.

Esto, al fin, es proclamar
que iguales somos los dos.

CEBRIAN.

No abrigo tanta altivez,
que sé medir la distancia.

DOMIR.

Pues con tan nécia arrogancia
(Avanzando hácia la casa.)
concluyamos de una vez.

CEBRIAN.

Espera; si el labio osa
atajarte...

DOMIR.

¡Ira del cielo!

CEBRIAN.

¿No ves que á tu honor apelo
porque Jimena es mi esposa?

DOMIR.

¡Mentira!

CEBRIAN.

Dios es testigo.

DOMIR.

¡No es verdad! ¡De ira no acierto!

CEBRIAN.

Lo juro.

DOMIR.

Pues ten por cierto
que he de llevarla conmigo. (Avanzando más.)

CEBRIAN.

Espera. ¡ Yo la rodilla
doblaré ante tu nobleza!
¡ Yo inclinaré la cabeza
que no ha humillado Castilla!
¡ Yo ofreceré á tus enojos
toda, toda mi existencia!
¡ Yo imploraré tu clemencia
con lágrimas en los ojos!

DOMIR.

¡ Lágrimas! ¿ Sabes llorar?

CEBRIAN.

¿ Lo dudas?

DOMIR.

No lo comprendo.

CEBRIAN.

¡ No lo comprendes, sabiendo
que me han enseñado á amar!

DOMIR.

¡ Nécia locura! Abre paso.

CEBRIAN.

¿ Luego es mi desgracia cierta?

DOMIR.

Déjame franca esa puerta,
que en impaciencia me abrasso.

CEBRIAN.

¿ Con que no puede mi ruego
ablandar tu injusta saña,
aunque mis ojos empañá
hirviente llanto de fuego?

¡ Aunque á tu injusto despecho
 todo mi sér sacrífico,
 y de hinojos te suplico
 que me atraveses el pecho! (Hince una rodilla.)

DOMIR.

Me cansa tanto luchar.
 (Avanzando más hácia la puerta.)

ZAYA.

¿ Quién soñó soberbia tanta?

CEBRIAN.

¡ Domir! ¡ No pongas la planta
 (Incorporándose y con creciente exaltacion.)
 bajo el dintel de mi hogar!
 ¡ Mira que voces extrañas
 me zumban en el oído,
 y mortal hielo he sentido
 en mitad de las entrañas!
 ¡ Mira que en un breve instante,
 si ofendes á mi Jimena,
 puede ponerme la pena
 nubes sangrientas delante!

DOMIR.

¡ Una amenaza! ¡ El desvío
 has trocado en ardimiento!
 ¡ Aparta! (Avanzando más.)

CEBRIAN.

¡ Nunca!

DOMIR. (Poniendo la mano en la espada.)

¡ Al momento!

CEBRIAN.

¡ Hiéreme antes! (Presentando el pecho.)

ESCENA X.

JIMENA, CEBRIAN, DOMIR y ZAYA.

JIMENA. (Abriendo la puerta.)

¡Dios mio!

CEBRIAN.

¡Jimena!

JIMENA.

¿Por qué Domir
iracundo te amenaza?

CEBRIAN.

Porque dice que abandono
(Queriendo ocultar la verdad.)
la frontera castellana,
y al enemigo comun
medroso vuelvo la espalda...
porque...

JIMENA.

¡Tú? ¡Tú!

DOMIR.

No prosigas.

Como suya te reclama
dándote el nombre de esposa,
y con insistencia rara
intenta poner los ojos
en donde yo he puesto el alma.

JIMENA.

Alfonso dice verdad;
secreto lazo nos ata;
porque mis deudos altivos
alegando que soy rama
de ilustre tronco, no quieren
sino infanzones en casa;
pero es cierto nuestro amor...

y en esa cuna descansa (Señalando la casa.)
 un ángel que simboliza
 el lazo de nuestras almas.

DOMIR.

¡Un hijo, oh! (Con desesperacion.)

ZAYA.

Confrontemos
 las obras con las palabras.
 (Entra en la casa recatándose.)

ESCENA XI.

DOMIR, JIMENA Y CEBRIAN.

JIMENA.

No turbes, pues, el contento
 de tan humilde morada.
 El negro pan adquirido
 con el arado y las armas;
 un rayo de sol que dora
 el techo de nuestra casa;
 el honor que la custodia,
 la religion que la ampara
 y el amor que la embellece,
 son mis joyas y mis galas.
 ¿Por qué te han de dar envidia
 el sol que alumbrá mi casa,
 el honor que la enaltece
 y los amores que guarda?

DOMIR.

Concluye. Yo no doy crédito
 alguno á tan nécia farsa;
 no se esconde de tal suerte
 ninguna mujer casada,
 que puede al mundo mirar
 con altivez cara á cara.

¡Mia has de ser! ¡Ni el infierno
de mi dominio te arranca;
que amor no sabe ceder
si está arraigado en el alma!

JIMENA.

¡Ten piedad de una mujer!

CEBRIAN.

¡Y yo lo escucho! ¿Qué pasa
por mí? ¿Mi Jimena tuya?
¿Has dicho eso? ¡Tamaña
injuria! ¿Tuya Jimena?
¿Y de qué suerte?

DOMIR. (Cogiendo á Jimena de la mano.)

Arrancándola
sin más dilacion de aquí.

CEBRIAN.

¡Nuestra Señora me valga! (Con delirante furor.)
¡Al contacto de esa mano
se me ha estremecido el alma!
¡Defiéndete! (Saca la espada.) ¡Porque siento
que si no tomo venganza
como la toman los hombres,
he de escupirte á la cara!

JIMENA.

¡Alfonso! (Conteniéndole.) ¡Suéltame! (A Domir.)

DOMIR. (Pugnando por llevársela.)

Ven.

CEBRIAN.

¡Defiéndete!

DOMIR. (Con desden.)

No es hazaña
para un infanzon cual yo
cruzar contigo la espada.

CEBRIAN.

¡Defiéndete!

DOMIR.

No lo esperes.

CEBRIAN.

¡Nó! Pues entónces, la marca
de los cobardes soporta
para que selle tu infamia. (Le dá en la cara.)

DOMIR.

¡Oh!

(Dá un grito indefinible de cólera, suelta á Jimena y empuña el acero.)

CEBRIAN.

¡Al fin! (Con fiera alegría.)

JIMENA.

¡Alfonso! ¿Qué has hecho?

CEBRIAN.

¡Matarle en duelo!

DOMIR. (Va á atacar y cambia de resolucion.)

Te engañas.

Yo no le quito al verdugo
el dogal de tu garganta.
Suyo eres; á él irás
sin que tu accion-insensata
me ofenda; que á un infanzon
no ofenden manos villanas. (Dirigiéndose al foro.)

CEBRIAN.

¡Nobles son! (Gritando.)

DOMIR.

¡Acudid todos! (Váse foro izquierda.)

ESCENA XII.

CEBRIAN Y JIMENA.

JIMENA.

Huye, Alfonso, sin tardanza.
(Toda la escena con mucha rapidez.)

CEBRIAN.

¡Perdiéndote!

JIMENA.

Si te prenden,
tu muerte es cierta. ¿Qué aguardas?

CEBRIAN.

Sin nuestro hijo y sin tí
será mi vida una carga.

JIMENA.

Vete, Alfonso. La frontera
de las aldeas traspasa;
yo iré á buscarte llevando
al hijo de mis entrañas,
y, donde estemos los tres,
aquella será mi patria!
¡Huye!

CEBRIAN.

Jimena... (Vacilando.)

JIMENA.

Yo quedo
á desorientarles; marcha,
huye pronto.

CEBRIAN. (Abrazándola.)

¡Si no vienes,
por tí volveré mañana! (Váse lateral derecha.)

ESCENA XIII.

JIMENA, DOMIR, ZAYA, LIÑAN, *algunos guerreros infanzones
y pecheros.*

DOMIR.

Venid y prendedle al punto.
Vertiendo su sangre toda
no paga el delito enorme
que cometió.

JIMENA.

(La zozobra
va á venderme.)

DOMIR.

¿Dónde está
el que tu esposo se nombra?

JIMENA.

Del sagrado del hogar
se amparó. (¡Dios me socorra!)

DOMIR.

Entrad; prendedle al momento;
pero vivo; ni una gota
hay que verter de esa sangre
que pertenece á la horca.
(Entran algunos en la casa y Zaya queda á la puerta.)

JIMENA.

(Dios quiera que su caballo
como mi deseo corra.)

DOMIR.

Ha osado el desnudo acero
vibrar contra mi persona,
infríendome una ofensa...
¡el recuerdo me sonroja!
que, á venir de un infanzon,
oscureciera mi honra.

LIÑAN.

Arrojo fué singular.
Y... ¿por qué causa?

DOMIR.

Esa moza.

LIÑAN.

Ya te dije que la empresa
era temeraria.

DOMIR.

Ahora

no es ocasión de consejos.

(Salen algunos guerreros de la casa y hablan con Zaya.)

JIMENA.

(Buscad, buscad. Si remonta (Observando á Zaya.)
el áspera cordillera
que nos separa de Soria,
ó atravesando el Jalon
toma el curso del Jiloca
hácia su origen, es fácil
que la frontera trasponga.
¡Quiera la Virgen que vuele
como ante la luz las sombras!)

ZAYA.

Resulta que está desierta
completamente la choza.

JIMENA.

¡Desierta! ¡Dios mio!

(Entra en su casa con gran sobresalto.)

DOMIR.

¡Cómo!

ZAYA.

Una ventana que asoma
al campo, han dejado abierta;
por allí...

DOMIR.

¡Burló mi cólera!
¡Corred! ¡Al que me lo alcance,
si pecha, le doy cien doblas!

(Vánse los guerreros por la puerta de la derecha.)

(Tú, á fin de tener segura (A Zaya.)
mi venganza, de esa choza
arrebata al hijo, corre.)

ZAYA.

(Ya es tarde.)

DOMIR.

(¿Tarde?)

ZAYA.

(Una hora
hace lo ménos que guardo
en mi poder esa joya.)

DOMIR.

(Bien: mi venganza y mi amor
con ese rehen se logran.)

ZAYA.

(Mientras tú en la luz combates, (Para sí.)
yo he de vencer en la sombra.)

LIÑAN.

(¡Pobre Jimena! Por suerte
tiene en mí quien la socorra.)

ESCENA XIV.

DOMIR, LIÑAN, ZAYA Y JIMENA.

JIMENA.

¡Socorro! ¡Justicia! ¡Allí (Saliendo desalada.)
está la cuna vacía!
¡Esa cuna en que dormía

sin separarse de mí
la mitad del alma mía!
¡Si estalla un solo latido
en vuestro pecho de roca,
ved que una madre os invoca
con el corazón partido!
¡Mirad que me vuelvo loca!

LIÑAN.

¿Qué has hecho? (A Domir.)

DOMIR.

Calla.

LIÑAN.

Yo exijo...

DOMIR.

¿Exiges?

LIÑAN.

Sí.

DOMIR.

Calla y mira.

JIMENA.

¡Nadie por más que me aflijo
en tierna piedad se inspira!

DOMIR.

¿Quieres salvar á tu hijo? (Jimena afirma.)
Ven conmigo.

JIMENA.

¡Nécio afan!

DOMIR.

¡De amor y venganza late
aquí en mi pecho un volcan!

ZAYA.

Yo propongo otro rescate:

(Movimiento de alegría en Jimena.)

entrégale á Cebrian.

JIMENA.

¡Mónstruo! ¡Si pido á la suerte
que traspase la frontera!

DOMIR.

¿Cuál, dílo?

JIMENA.

¿Qué responderte?

¿Soy por desdicha una fiera
para llevarlo á la muerte?
¡Ramiro! ¡A tus piés me postro!

LIÑAN.

¿No habrá dolor que te venza?

DOMIR.

¿No ves que el recuerdo arrostro
de aquel padron de vergüenza
que está marcado en mi rostro?

ZAYA.

Es justo.

LIÑAN.

¿No consideras
que te haces tú propio ultraje?

JIMENA.

¡Dáme mi hijo!

LIÑAN.

¿Qué esperas?

DOMIR.

Dictanme amor y coraje
las decisiones más fieras.

(Váse foro izquierda precipitadamente; Zaya le sigue.)

ESCENA XV.

JIMENA Y LIÑAN.

JIMENA.

¡Triste de mí! ¡En un momento
me dá ese traidor la muerte;
porque es imposible acierte
á elegir; entre el tormento
de mancillarte ó perderte!
¡Ya no veré en la mañana
mi rostro en tus ojos preso;
ya no será mi embeleso
sellar tus labios de grana
con un dulcísimo beso!
¡Ya no serán tus hechizos
consuelo del alma mía;
ni me hallará cual solía
acariciando tus rizos
la luz primera del día!
¡Ni harás de mis brazos lecho!
¡Ni iré de tu huella en pós!
¡Mi bien, mi vida, mi Dios!
¡Y yo que juzgaba estrecho
el mundo para los dos!

LIÑAN.

Recuerda, pobre Jimena,
á pesar de tu quebranto,
que vuela el tiempo entretanto.

JIMENA.

¡No centupliques la pena
que así provoca mi llanto!
¿No ves que el alma tenía
partida entre Alfonso y él?
¿No ves que en su amor vivía
y está esa cuna vacía
y va volando el corcél?

LIÑAN.

Es que tu valor reclama
el deber, como el cariño,
y si mi voz no lo inflama
podrá salvarse tu fama...
pero á costa de ese niño.

JIMENA.

¿Y qué esperanza acaricia
tu deseo? (Con desconsuelo.)

LIÑAN.

(¡Pobre madre!)
Que denuncies su impudicia.

JIMENA.

¿A quién pediré justicia (Con desaliento.)
siendo el Justicia su padre?

LIÑAN.

Tan recto es aquel varon,
que oirá tu demanda.

JIMENA.

¡Sueño! (Con abatimiento.)
No domina en su razon
quien consulta el corazon,
y será inútil mi empeño.

LIÑAN.

Pues bien: la prudencia agota;

(Con vigor creciente.)

pide justicia primero;
despues... al pueblo alborota...
que está la obediencia rota
desde que se rompe el fuero.
Cuenta tu duelo profundo,
á las madres sobre todo,
y contra su ódio iracundo

todas las madres del mundo
podrás lanzar de ese modo.

(Jimena, que se ha reanimado gradualmente al oír á Liñan, dice con exaltacion lo siguiente:)

JIMENA.

¡Vamos! ¡Incendio voráz
arde en mis venas!

LIÑAN.

Ten fijo
que es preciso ser audáz.

JIMENA.

¿De qué no seré capaz
para salvar á mi hijo? (Vánse foro izquierda.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de Domir; mobiliario lujoso, pero severo; puertas al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ELVIRA y LIÑAN.

LIÑAN.

No lo dudeis: Ayer mismo vine con Jimena al pueblo, y oyó el Justicia sus quejas entre iracundo y severo.

ELVIRA.

¿Y le dijiste que su hijo comete tales excesos?

LIÑAN.

No. Pues habiendo Castilla formalizado ya el cerco de Calatayud, no quiso desentrañar el secreto.

ELVIRA.

¿Por qué?

LIÑAN.

Juzgar no podía en tan críticos momentos, y dilatar el castigo sabiendo el nombre del reo,

era imposible; imposible
para un juzgador tan recto.

ELVIRA.

¿Qué habeis conseguido entónces
del Justicia?

LIÑAN.

Escuchó atento
nuestro relato y nos dijo...

ELVIRA.

¿Qué dijo?

LIÑAN.

Vais á saberlo.

«Haceis bien en no dudar
de mi rectitud; primero
vereis transformarse todas
las leyes del universo,
que yo vulnere ó quebrante
la santidad de los fueros.»
Es, señor, que el delincuente
de vos pudiera ser deudo.
«Es que si fuera yo mismo
tiene buen temple mi acero.»
Si supiérais... «Me interesan
únicamente los hechos,
y al terminar la batalla
á que me reta don Pedro,
sea quien fuere el culpable
sabré cumplir como debo.»
¿Y Alfonso, que la frontera
busca para huir del riesgo?
«¿Qué direccion ha tomado?»
Le han visto algunos pecheros
caminando hácia Teruel
con la rapidez del viento.
«Id en paz; queda á mi cargo
acelerar su regreso.»
Ved, señora, que no es poco
conseguir; pues los momentos

más que de atender querellas,
son de morir como buenos.

ELVIRA.

Pero, Liñan, ¿es verdad
todo lo que estás diciendo?

LIÑAN.

Tan verdad como á la villa
el Rey don Pedro primero,
sitió al despuntar el alba
con mengua de nuestro esfuerzo.

ELVIRA.

Tan honda es la confusion
de mi ánimo, que no acierto
á desmentir lo que oigo,
ni á dudar de lo que veo.
¿Estás, Liñan, bien seguro:
convencido por completo,
de que Ramiro Domir,
mi hijo, tan viles hechos
con desdoro de su nombre
ha realizado soberbio?

LIÑAN.

Seguro. Ahí está Jimena (Señalando foro derecha.)
llorando el lance funesto;
desbordando en su amargura
raudales de sentimiento;
dispuesta á buscar ansiosa
entre las turbas consuelo,
si no recobra la prenda
que absorbe todo su afecto.

ELVIRA.

¿Pero es posible, Liñan?
¡Parece horrible sueño!

LIÑAN.

De todo he sido testigo
y en vano me opuse al hecho,

que no tuvo, por milagro,
un desenlace sangriento.

ELVIRA.

¿No te engañaron los ojos?

LIÑAN.

Antes bien me convencieron.

ELVIRA.

Que venga Jimena.

(Liñan llama á Jimena desde el foro.)

El cáliz

de la amargura apuremos.

ESCENA II.

DICHOS y JIMENA, *que demuestra durante toda la escena profunda agitación.*

JIMENA.

¡Señora! (A doña Elvira.)

ELVIRA.

Calma tu pena.

JIMENA.

¡Imposible!

ELVIRA.

En mí confía.

JIMENA.

¡Es que á muerte le condena,
y el término de este día
es plazo fatal!

ELVIRA.

¡Jimena!

Si existe tan ruin intento
sabré evitarlo.

JIMENA.

¡Ay de mí!
 ¡Si es tan rudo mi tormento!
 ¡Tan rudo, que sufro así
 un siglo en cada momento!

ELVIRA.

Te falta razón bastante
 para estar tan conmovida.

JIMENA.

¿No veis que mido anhelante
 por vez primera en mi vida
 todo el valor de un instante?

ELVIRA.

Busca á Domir. (A Liñan.) ¿No te infundo
 confianza? Espera. (A Jimena.)

JIMENA.

¡No puedo!
 ¡Si es mi dolor tan profundo!
 ¡Si es que tengo miedo! ¡Miedo,
 de haber perdido un segundo!
 ¡Tal vez ahora el puñal
 sobre su seno levanta!
 ¡Acaso el fiero dogal
 rodea ya su garganta
 pendiente de una señal!
 ¡Tal vez por cruenta herida
 rinde ahora mismo su aliento
 aquella prenda querida!
 ¡De no perder un momento
 depende acaso su vida!

ELVIRA.

¡Tal crimen! ¡De suponerle
 y al ver tu duelo me aflijo!

JIMENA.

¡Mi duelo! ¡Sin comprenderle!

ELVIRA.

¡ Soy madre !

JIMENA.

¡ Y teneis un hijo !

Mas yo acabo de perderle.
¡ Perderle sin la ventura
de haber sellado su boca,
delirando de amargura,
con aquel beso de loca
que tiene tanta ternura !

ELVIRA.

(¡ Pesar tan hondo y tan fijo
fuerza es que el alma taladre !)

JIMENA.

¡ No me entendeis ? ¡ Lo colijo !
¡ Qué madre sabe ser madre
hasta que pierde á su hijo ? (Ligera pausa.)

ESCENA IV.

DICHAS Y DOMIR, *al foro.*

JIMENA.

¡ Vamos de Ramiro en pos !
¡ Acaso en hallarle estribe !...

ELVIRA.

Vamos, pues. (Vacilando.)

DOMIR.

Aquí las dos.

JIMENA.

¡ Vamos pronto !

(Coge de la mano á doña Elvira, al volverse ve á Domir, y corre desalada hácia él ; le pregunta con infinita angustia, y al recibir su contestacion, queda abatida por el esfuerzo llevado á cabo.)

¡ Vive ?

DOMIR. (Después de una pausa.)

Vive.

JIMENA.

¡Vive, y dudaba de Dios!

ELVIRA.

En esa próxima estancia (Puerta derecha.)
tu duelo un momento esconde.

JIMENA.

¡No me abandoneis!

ELVIRA.

Confía
en quien su deber conoce. (Vase Jimena.)

ESCENA V.

DOÑA ELVIRA Y DOMIR.

ELVIRA.

Dime la verdad, Ramiro.
¿Qué es esto? ¿Humillas tu nombre
hasta el lodo de tus vicios
fingiendo necias pasiones?
¿Así procede un caudillo
de tu sangre y de tus dotes?
¿Eclipsas así la fama
que volando por el orbe,
rozó, al relatar tus glorias,
los mármoles y los broncees?
Dime la verdad.

DOMIR. (Disimulando.)

No entiendo
la causa de esas razones,
dirigidas á un guerrero
cuando á lidiar se dispone
como siempre; desde allí (Señalando al foro.)

podeis mirar mis pendones
flotando al viento orgullosos
de conducir tantos hombres
y tan bravos, al combate
que el castellano propone.
Asediada está la villa,
y aunque mis fieros peones,
á pesar de su bravura,
murmuran con sordas voces
recelando del estruendo
de esa artillería enorme,
cuyo poder formidable
por vez primera conocen;
aunque nadie á nuestro riesgo
acude, mi sangre corre
sólo á impulsos de la cólera
que brota en los pechos nobles
cuando al grito de la patria
entusiasmados responden.

ELVIRA.

No es verdad. En tu mirada
que finges mal se conoce.
Harto sé que eres valiente;
mas sé que no van conformes
la heroicidad de tus hechos
y el brillo de tus blasones.
Sé que has escrito con lágrimas
la historia de tus amores...
si antojos menguados pueden
ampararse de tal nombre.

DOMIR.

(Todo lo sabe.)

ELVIRA.

Defiéndete.

DOMIR.

No es amor, sino rencores
los que en el alma labrando
su ruda energía esconden.

ELVIRA.

¿Qué dices?

DOMIR.

Siento latir
con sentimientos informes
deseos inexplicables,
ignoradas emociones,
que me asedian y me hostigan
sin permitir que repose.
Perdona, dice una voz.
Odia, dicen otras voces;
y entre unas y otras limitan
mi reducido horizonte
de tal manera, que en él
sigue una noche á otra noche,
sin que la luz de una aurora
jamás las tinieblas borre.

ELVIRA.

Pero la causa, Ramiro...

DOMIR.

Sed de venganza. Hay un hombre
que me ha inferido un agravio
inesperado y enorme;
agravio de vida ó muerte
que el freno á mis iras rompe
y las desborda sedientas
de represalias feroces.

ELVIRA.

¿Represalias ó delitos? (Con tristeza.)
¡Ah! hijo mio; nunca tomes
para disfraz de tus faltas
esos pretextos innobles.
¿Qué hay de comun entre un niño,
su triste madre y ese hombre,
para que en dos inocentes
tu injusta cólera agotes?

DOMIR.

Hay que es su esposo, Cebrian,

quien marcó la afrenta torpe
cuyo recuerdo, en mis venas
volcanes de lava pone.

ELVIRA.

¿Y cómo pudo ser eso?
Cebrian blasona de noble,
y el esfuerzo de tu brazo,
cual todo el mundo, conoce;
mucho le habrás hostigado
para que fiero lo afronte.
Habla.

DOMIR.

No me pregunteis
la razon de mis rencores;
porque, al decirla, es forzoso
que me indigne y me sonroje
y rompa todo respeto
la cólera que aquí brote. (Al corazon.)

ELVIRA.

¿Qué más pudieras hacer
que lo hecho ya? No demores
la explicacion de ese agravio
que calificas de enorme,
pues algo ansío encontrar
que te disculpe ó abone.

DOMIR.

Madre, callar es mejor.

ELVIRA.

Si has de engañarme...

DOMIR.

Soy hombre,
y no busco ardidés nunca
para ocultar mis acciones.

ELVIRA.

Pues habla.

DOMIR.

¡Madre!

ELVIRA.

Habla pronto.

Yo te lo mando.

DOMIR.

La innoble

(Después de dudar; con ira concentrada.)

mano de Cebrian... en el rostro...

ELVIRA.

¡No puede ser!

DOMIR.

Aun de noche

se pinta en él la vergüenza
con indelebles colores.

ELVIRA.

¿Y no le has muerto? ¡Imposible!

DOMIR.

No es imposible; fúgose.

ELVIRA.

Ya es fuerza que en tal misterio
sin más dilación ahonde.

Dímelo todo. ¿Te callas?

¿Esa reserva no rompes?

DOMIR.

Madre...

ELVIRA.

No importa; el silencio
con elocuencia responde.

Mas yo sabré la verdad.

Ven.

(Llama á Jimena desde la puerta lateral de la derecha, y la cierra cuando
aquella aparece.)

ESCENA V.

DICHOS Y JIMENA.

JIMENA.

¡Doña Elvira!

DOMIR.

¡Señora! (Confuso.)

ELVIRA.

¿Es cierto que airado Alfonso
puso la marca afrentosa
de su mano, en esa faz? (Señalando a Domir.)

JIMENA.

Cierto.

ELVIRA.

¿Por qué?

JIMENA.

Soy su esposa...
Ramiro quiso ofenderme...
y al ver Alfonso su honra
en riesgo, y que le desprecia
cuando altivo le provoca
con reto de muerte...

ELVIRA.

¡Sigue!

¡Sigue!

JIMENA.

Al mirar que abusando
de la fuerza, con odiosa
altivez, quiere arrancarme
de su lado...

ELVIRA.

¡Accion heróica!

(A Domir, con amargura.)

No prosigas. (A Jimena.) ¡Ya no hay hombres en esta edad! Tú soportas el peso de tal oprobio con humildad vergonzosa, y el otro busca fronteras donde amparar su persona, dejando en grave peligro de que la nubles, su honra. ¡Se puede dar más afrenta! ¡No teneis sangre!

DOMIR.

¡Señora!

ELVIRA.

Calla. Callar solamente aquí á los cobardes toca.

DOMIR.

¡Madre! (Con ira mal reprimida.)

ELVIRA.

¿Yo madre? ¿De quién?
 ¿De un hombre á quien no sonrojan las infamias que comete ni la vergüenza que afronta?
 Vuelve su hijo á Jimena; vuélveselo sin demora, procurando que tu padre delito tal desconozca; que á saberlo, su justicia es inflexible y notoria, y si es preciso, alzarán sus propias manos tu horca.

DOMIR.

Con el hijo atraigo al padre (Excusándose.)
 y mi venganza se logra.

ELVIRA.

¡ Ramiro !

JIMENA.

(Desbordando la ansiedad con que ha oído este diálogo.)

¡Cómo sufrir
esta continua zozobra,
combatida ásperamente
como inquebrantable roca,
sin rendirme anonadada
á su presión espantosa!
¡Tened compasión de mí!
(Queda de rodillas, abismada en profundo dolor.)

ELVIRA.

¿Tu odio terrible no doma
ese pesar infinito?

DOMIR.

Madre... (Excusándose.)

ELVIRA.

Jimena, perdona
tu error, si le das su hijo...

DOMIR.

(¡Su hijo!.... (Con ira concentrada.) Nunca.)

ELVIRA.

No desoigas
las súplicas de tu madre,
que, aún maldiciendo tu obra,
siente una voz en el alma
que con cariño te nombra.

DOMIR.

* No puede ser.

ELVIRA.

Considera
que la más dulce victoria,
Ramiro, es la que se obtiene
venciendo la saña propia. *

DOMIR.

No insistais más.

ELVIRA.

No me obligues
á que el decoro me imponga
pedir contra tí justicia,
como obligacion forzosa.

DOMIR.

Cuando el ruego no me vence,
las amenazas me enojan.

JIMENA.

¡Oh Dios!

ELVIRA.

¿Te niegas?

DOMIR.

Me niego.

ELVIRA.

Pues que tu padre disponga
de tí.

JIMENA.

¡Ah!

DOMIR.

Lo espero tranquilo.

ELVIRA.

Míralo bien. ¡Aún te mofas!

(Observando el gesto de desden de Domir.)

Dios lo permite. El Justicia
está en la cámara próxima...

la vida quizá me cueste...

mas prevenirle me toca,

para que no labres más

de tal modo su deshonra. (Váse foro izquierda.)

ESCENA VI.

JIMENA y DOMIR.

(Domir, despues de contemplar breves instantes á Jimena , se acerca á ella, la toca en el hombro, y cuando se incorpora despavorida, le dice lo siguiente con voz sombría.)

DOMIR.

Muy en breve la campana
mayor de Santa María,
hará la señal sombría
de que el arma castellana
sus emisarios envía.

No esperes que la señal
en el espacio retumbe;
porque... tu hijo sucumbe
en cuanto el ronco metal
rasgando los aires zumbe.

JIMENA.

No puedo ya tus enojos
injustos, contrarestar.
Muriendo estoy sin hallar
en la aridez de mis ojos
más lágrimas que llorar.

DOMIR.

Si triste vives y herida,
no culpes nunca á Ramiro.
Yo diera por un suspiro
de tus labios, ¡qué es la vida!
Hasta la gloria á que aspiro:
que aún perdida la ilusion
que acaricié locamente,
impulsos de mi pasion
oscureciendo la mente
torturan mi corazon.

JIMENA.

¡Calla! ¡Calla! Tu odio eterno
así venganza medita.

DOMIR.

¡Venganza! El amor me incita;
 por él á todo el infierno
 me arrastra, me precipita;
 * alza en mí una tempestad,
 mezcla de odio y amor,
 donde lidian con ardor
 la cólera, la piedad,
 el cariño y el furor.
 Donde de extraña manera
 tumulto de voces late,
 y en iracundo combate
 unas me dicen que muera,
 y otras me dicen que mate.*
 Aún siento en mi faz el fuego
 de aquella injuria afrentosa;
 el alma en odio rebosa;
 ¡pero este amor es tan ciego,
 que aquí no cabe otra cosa! (Por el corazón.)
 A todo, á todo se allana
 si en que lo escuches confía.

JIMENA.

Me aterra tu voz sombría.

DOMIR.

Si esperas que la campana
 se agite en Santa María,
 será tarde; la señal
 no dejes que allí retumbe;
 porque tu hijo sucumbe
 en cuanto el ronco metal
 rasgando los aires zumbe.

JIMENA.

¡Ten piedad!

DOMIR.

Allí te espero.
 (Señalando su habitacion.)

JIMENA.

¡Oh, Dios! ¡Esto es horroroso!

DOMIR.

Amor te ofrezco y reposo...

JIMENA.

Imposible.

DOMIR.

Que optes quiero,
entre tu hijo y tu esposo. (Váse por la izquierda.)

ESCENA VII.

JIMENA.

¡Aun persigue suerte impia
mi existencia ó mi deshonra
y entre mi hijo y mi honra
se prolonga mi agonía!

ESCENA VIII.

JIMENA y CEBRIAN. *Este sale foro derecha.*

CEBRIAN.

¡Jimena! Vengo á salvarte.

JIMENA.

Otro quebranto. ¡Ay de mí!

CEBRIAN.

¿Qué te asombra? ¿No ofrecí
volver hoy mismo á buscarte?
Ayer corri hacia Teruel,
sublevando los pecheros...
y á poco... unos mensajeros
me dieron este papel.

(Mostrando un pergamino, del cual se apodera Jimena.)

El Justicia me asegura
la vida y la libertad,

castigando la maldad
de mi contrario, y lo jura.
Lleno de inmensa alegría,
hinco á mi corcel la espuela
y la primer aldehuela
traspaso al romper el dia.
Hallo mi casa desierta;
busco, inquiero con afan,
llego á la villa, y Liñan
me indica al fin esta puerta.
Vamos: invocando el fuero,
y merced á los desmanes
de los Zayas y Liñanes,
tengo un ejército entero.
Buscando de vencer modo,
hallé gente principal
en tus deudos; los Vidal
lo saben ya todo, todo;
y al contemplar el teson
con que tu honra defiende,
los dejo ya resolviendo
patrocinar nuestra union.
Ponerte á salvo me toca.
Aquí no estás bien, pues quiero
cruzar hoy mismo el acero
con quien mis iras provoca.
Coge mi hijo. ¿Qué esperas?

JIMENA.

¡Me estás desgarrando el alma!

CEBRIAN.

¡Jimena! ¡Con esa calma,
que no entiendo, me exasperas!

JIMENA.

Escucha.

CEBRIAN.

Di pronto.

JIMENA.

Ayer,
al perderte en la llanura
de vista, fui con ternura
su cuna ansiosa á mecer.
¡No estaba en ella! Un suspiro
de angustia el pecho lanzó.
¡Mi hijo! — «Lo tengo yo;
dijo Ramiro.»

CEBRIAN.

¡Ramiro!

JIMENA.

¡Pedi amparo!

CEBRIAN.

¡Cuenta! ¡Cuenta!

JIMENA.

Vi en cada boca una afrenta,
un agravio en cada boca.
Vine á la villa: Guillén
me hizo el caso relatar;
cuando terminé de hablar,
dijo severo: — «Está bien.
En el momento que el yugo
de la legion de Castilla
no pese sobre la villa,
daré que hacer al verdugo.»
— ¡Sin conocer á ese hombre?
«Sí.» — Es que os puede pesar.
— «No importa. Yo he de juzgar
su crimen, y no su nombre.»
¡Es que mi anhelo codicia
salvar mi hijo, ante todo!

CEBRIAN.

Prosigue.

JIMENA.

— «Buscaré modo
de hacerte pronto justicia.»

CEBRIAN.

¿Eso te dijo? ¡Y es padre!
 ¡Qué me importa su sentencia,
 sin mi hijo!

JIMENA.

La clemencia
 vine á impetrar de la madre;
 mas Domir, fiero y odioso,
 cuando esa prenda le exijo,
 replica: — «Tendrás tu hijo
 cuando abandones tu esposo.»
 ¿Me juzgas, pues, tan villana?
 — «Y ha de ser en este día,
 ántes que en Santa María
 llegue á vibrar la campana;
 porque si dejas que zumbe,
 á la primera señal
 que lance el ronco metal
 el hijo tuyo sucumbe.»

CEBRIAN.

¿Dónde está? ¡Su muerte es cierta!

JIMENA.

¡La tuya si á verte alcanza!

CEBRIAN.

¡No difieras mi venganza!
 ¿Dónde está?

JIMENA.

Tras de esa puerta.

(Señalando lateral izquierda.)

CEBRIAN.

¡Llegó su fin! (Tirando de la espada.)

ESCENA [X].

DICHOS: DOMIR.

DOMIR.

¡Cebrian! (Saca la espada.)

CEBRIAN.

¡ Dame mi hijo!

DOMIR.

¡ A estocadas!

CEBRIAN.

¡ Mejor! ¡ Tus horas contadas (Cerrando con Domir.)
desde este instante serán!

JIMENA.

Los corredores... (Mirando al foro.)

CEBRIAN. (Apartándola.)

¡ Jimena!

JIMENA.

De gente armada están llenos.

CEBRIAN.

¡ Así aprenderán los buenos]
cómo se mata una hiena!

JIMENA.

Mira que cunde la alarma.

CEBRIAN.

¡ Ataca! (A Domir.)

DOMIR.

¡ Qué nécio alarde!

CEBRIAN.

¡No retrocedas cobarde!

JIMENA.

¡Hierre pronto! (Al observar que viene gente.)

ESCENA XI.

DICHOS Y ZAYA.

ZAYA. (Tira de la espada al ver la lucha.)

¡Al arma, al arma!

CEBRIAN.

¡Villano! ¡Mal caballero! (A Zaya, dejando de reñir.)
 ¡Si de Aragon eres mengua!
 ¡Enfrena la torpe lengua
 y esgrime el cortante acero!
 ¡Lidiad contra mí los dos!
 ¡No importa que gente acuda!
 ¡Venid! ¡Yo tengo la ayuda
 de la justicia de Dios!

ESCENA XII.

DICHOS: LIÑAN; *infanzones y pecheros.*

LIÑAN.

¿Qué es esto? Bien lo temí.

DOMIR.

Prendedle. (Envaina la espada.)

CEBRIAN.

Si alguien me toca...

DOMIR.

¿Os pasma la audacia loca
 que este hombre despliega aquí?

CEBRIAN.

Para quitarme la espada

(Jimena abre el pergamino de Guillén.)

será preciso matarme.

¡ Quien se atreva á desarmarme
cuente su vida acabada !

DOMIR.

¡ Muera pues ! ¡ Sin compasion
heridle; heridle !

JIMENA. (Conteniendo á los demás.)

Un momento.

DOMIR.

¡ Heridle !

LIÑAN.

¿Cuál es tu intento ? (A Jimena.)

JIMENA.

¡ Mirad, mirad ! ¡ Su perdon !

(Presentando á Liñan el pergamino del justicia.)

LIÑAN.

« Se tiene clara noticia, (Leyendo el pergamino.)
de un crimen que causá horror
contra Cebrian. Es traidor
quien no le ampare. El Justicia. »

DOMIR. (Interrumpiendo.)

De ese extraño documento,
¿quién la identidad confirma?

LIÑAN.

Al ver el sello y la firma,
yo, con fé de juramento. (Mostrándolo.)
Forzoso es obedecer
la indicacion al instante;
traidor; está terminante;
nadie le puede prender. (Todos afirman.)

DOMIR.

Sea. Más si pasa el día
sin juzgar á ese pechero
yo haré que se cumpla el fuero,
que ampara la infanzonía.

CEBRIAN.

Pues juro á Dios, mal nacido,
que me han de dar tu cabeza,
ó me paga la nobleza
el crimen que has cometido.

JIMENA.

(Deja esa contienda vana
y di á Guillén tu porfía
antes que en Santa María
llegue á vibrar la campana.)

CEBRIAN.

(Dices bien.)

JIMENA.

(No ves que fijo
lo tengo aquí (Al corazón.) y desespero!)

CEBRIAN.

(Tienes razón; lo primero
es encontrar á mi hijo.)

(Vánse foro izquierda, todos ménos Domir, Zaya que queda al foro y Liñan.)

ESCENA XIII.

DOMIR, LIÑAN Y ZAYA.

LIÑAN.

Domir. Si atiende el Justicia
la razón que les asiste,
fuerza será que sentencia
contra tu cabeza dicte.

No ignoras tú que el Justicia
es recto y es inflexible;
guárdate pues; que mañana
á estas horas si tú vives
será un milagro; milagro
que conceptúo imposible.

DOMIR.

La justicia de mi padre
verá que es falta y no crimen
el que se me imputa, y creo
que no será tan terrible.

LIÑAN.

La esperanza que sustentas
nuestro fuero contradice,
y la afrenta de un pechero,
fácilmente se concibe
que amenaza en lo futuro
al que la tolera humilde.
Teme, pues, que si tu padre
una injusticia prescribe,
cosa que ni imaginada
puedo concebir, castiguen
los pecheros tus desmanes;
porque blasonan de libres
y Cebrían es buen ejemplo
de cómo y cuánto resisten.

DOMIR.

Tambien yo sé resistir.

LIÑAN.

No tiene tu valor límite;
pero no hallarás un noble
que por tu venganza lidie
y una espada no es bastante
para lidiar contra miles.
No desoigas mi consejo;
entrega ese niño origen
de tantos males; verás
como tu nombre bendice

el mismo que tu existencia
en estos momentos pide.

DOMIR.

Me fatigas. He resuelto
no ceder.

LIÑAN.

¡ Es increíble
tal teson! ¿ Y si tu padre
que se lo entregues decide?

DOMIR.

Sabré negarme.

LIÑAN.

¿ Y si ahora
él mismo viene á pedirle?

DOMIR.

No lo daré.

LIÑAN.

¿ A su persona
osarías?

DOMIR.

Es posible.

LIÑAN.

¡ Ramiro! ¡ Sino estás loco
no sabes lo que te dices!

DOMIR.

¡ Liñan! No me canses más.

LIÑAN.

Sea y que Dios te ilumine.
¿ Tú tambien? (A Zaya con qulen tropieza al retirarse.)

ZAYA.

Y no me pesa.

LIÑAN.

Tanta osadía me aflige,
no me asombra; que en tu raza
hereditario es el crimen.

(Váse foro izquierda.) (Zaya le contesta con un gesto de desden.)

ESCENA XIV.

DOMIR Y ZAYA.

DOMIR.

¡ Al fin ! Atiéndeme, Zaya.
Estoy en grave peligro;
es menester confesarlo.
Me atrae hácia sí el abismo
con fuerza tan infinita
que mal su atracción resisto.
Tan sólo una empresa heroica,
reálzando mi prestigio,
puede darme el valimiento
de que hoy tanto necesito,
y el riesgo en que está la villa
por esta causa bendigo.
Al efecto, con mis gentes
hacer alardes medito
cuando comience la lucha,
saliendo por un portillo,
acometiendo á las huestes
que cercan el muro invicto
y pasando al castellano
tan fieramente á cuchillo,
que el número de los muertos
no puedan contar los vivos;
pero el azar de la guerra
puede burlar mi designio
y hacerme encontrar la muerte
donde victoria imagino.
Entónces amor, venganza,
todo se pierde, y concibo
que la ventura de Alfonso

será mi eterno martirio,
si con los ojos del alma
después de muerto la miro.
No será; no he de morir
sin que ponga en su camino
imposibles que separen
tenazmente sus destinos
matando hasta su esperanza.
En mi aposento está el hijo
de Cebrian; si yo no vuelvo...

ZAYA.

No temas que le hallen vivo.

DOMIR.

Eso no; quiero que Alfonso
deje á Jimena.

ZAYA.

Entendido.

DOMIR.

Si no obedece...

ZAYA.

Está bien.

Mas fuera mejor, Ramiro,
empezar por la venganza.

DOMIR.

No quiero ser asesino

ZAYA.

¿Tienes miedo?

DOMIR.

No; vergüenza.
Eso de un noble es indigno.

ZAYA.

Cumplase tu voluntad.
(Si no estorba mis designios.)

DOMIR.

Si en separarse convienen,
lo entregas.

ZAYA.

Corre peligro...

DOMIR.

Mas si en amarse persisten...

ZAYA.

Entónces... (Llevando la mano á la daga.)

DOMIR. (Con severidad.)

No. Con sigilo
le llevas donde jamás
lo recobren.

ZAYA.

Un indicio
casual... tal vez...

DOMIR.

Sin embargo
que lo respetes te exijó.
¿Lo juras? ¡Cómo! ¿Vacilas?

ZAYA.

Déjame entrar; no vacilo.

(Se separa de Domir y entra.)

ESCENA XV.

DOMIR.

Segura está mi venganza.
Puedo tranquilo luchar;
que esto lo han de conjurar
los impetus de mi lanza.

ESCENA XVI.

DOMIR, CEBRIAN, LIÑAN, *infanzones y pecheros.*

CEBRIAN.

¡Venid; venid! (Desde dentro, saliendo á la escena.)

DOMIR.

¡Qué algazara!

CEBRIAN.

¡Date preso!

DOMIR.

¿Cómo preso?

CEBRIAN.

Vas á verte cara á cara
con tu padre, que el proceso
de tus delitos prepara.
Cumplimos su orden. (Mostrándola.)

DOMIR.

¡Traicion
hasta en mi padre! ¡Locura!
¿Preso por tí un infanzon?

CEBRIAN.

Habla, Domir, con mesura
del Justicia de Aragon.

DOMIR.

¿Preso yo cuando el momento
se acerca de la pelea?
¡Nunca! Saldré...

CEBRIAN.

¡Vano intento!

DOMIR.

Aunque obligado me vea
á combatir contra ciento.

CEBRIAN.

Ni áun combatiendo habrá modo...

DOMIR.

Sembraré altivo la muerte.

CEBRIAN.

A dártela me acomodo;
que no eres aquí el más fuerte.

DOMIR.

Pues bien; romperé por todo. (Empuña la espada.)

CEBRIAN.

Sea así. (Apercibiéndose á la lucha.)

DOMIR. (Al ver que todos se disponen contra él.)

¡Por vida mía!

¡Cuánto traidor!

CEBRIAN.

¡Insensato!

DOMIR.

¡Gran Dios!

(Lanza esta exclamacion al oír la primera campana que toca á rebato;
momentos despues se oyen otras hasta la conclusion del acto.)

LIÑAN.

¡En Santa María
están tocando á rebato!
¡A nuestro puesto!

CEBRIAN. (Conteniéndole.)

Este día
no has de batirte.

LIÑAN.

¡Qué antojos!

CEBRIAN.

Manda el Justicia. (Liñan se inclina con respeto.)
Esa puerta
has de guardar. (La del foro.)

LIÑAN.

Los cerrojos
echaré; así se concierta
mi deber con mis enojos.

(Liñan se marcha al foro é inspecciona los cerrojos, disponiéndose á cerrar la puerta.)

CEBRIAN.

Si es posible...

DOMIR.

¡Me avasalla (Fuera de sí.)

ese metal que vibrando
presagio es de la batalla,
y en mis oídos zumbando
penetra el cráneo y estalla!

(Zaya aparece en el umbral del aposento de Domir y presencia la escena.)

Me finjo el grito de guerra
en cada rumor que siento.
¡San Jorge y á ellos! ¡Cierra!
¡Parece que dice el viento
estremeciendo la tierra!
¡Y ociosa está mi cuchilla
mientras lidian castellanos
con las huestes de la villa!
¿De qué me sirven las manos
que tanto teme Castilla?

CEBRIAN.

De nada.

(La exclamación siguiente, con la alegría propia del que supone hallado el medio de abrirse paso.)

DOMIR.

¡Oh!

CEBRIAN.

Parte conmigo
de no lidiar la amargura;
comience así tu castigo
y colme tu desventura
ser de mi dicha testigo.
Allí te espera el honor; (Señalando al foro.)
yo te lo robo; la muerte
aquí te espera...

DOMIR.

¡Oh furor!

CEBRIAN.

Y aún te reserva la suerte
morir mirando mi amor.

LIÑAN.

Cebrian. (Reconviniéndole.)

DOMIR.

¡Oh! ¡En Santa María
la campana clamorea
y una esperanza me envía,
al despertarme la idea
que en el cerebro dormía!
¡Despeja pronto esa puerta! (Con imperio.)

CEBRIAN.

En ella soy muro fuerte.

DOMIR.

¡A la realidad despierta;
que acaso para perderte
Dios con Luzbel se concierta!

CEBRIAN.

No me arredran tus enojos.

DOMIR.

O al punto ese umbral traspaso...

CEBRIAN.

Corre Liñan los cerrojos.

DOMIR.

¡O juro, que á darme paso
vas ahora mismo de hinojos!

(Cebrian hace un gesto de desden.)

¿Tan irónica expresion
quieres ver cómo corrijo?

LIÑAN.

¿Qué intentará este felon?

(Colocándose en el dintel de su aposento.)

¡Escucha! Aquí está tu hijo.
¡Lo matan sin compasion!

CEBRIAN.

¡ Mi hijo!

LIÑAN.

Su voz me aterra.

DOMIR.

¿Oyes?

CEBRIAN.

¡ Dios mio!

DOMIR.

¿Qué espanto
en tu silencio se encierra?

CEBRIAN.

¡ Ay de mí!

DOMIR.

De tu quebranto
aquí está la llave. ¡ Cierra!
* ¡ Cierra esa puerta! ¿ No quieres?
¿ Qué es de tu desden ahora?

CEBRIAN.

¡ Hijo!

DOMIR.

No te desesperes.
¡Cierra!

CEBRIAN.

¡Hijo mio!

DOMIR.

¡Si llora (Con desprecio.)
lo mismo que las mujeres! *
¡Vamos Cebrian! ¡Tu deber
no es custodiarme este día?
Dile tú cómo ha de ser. (A Liñan.)
¿Teneis miedo? ¡Quién diría
que estoy en vuestro poder!

CEBRIAN.

¡Jimena? ¡Hijo! ¡Oh baldon!
¡Otra vez muerte ó deshonra!

DOMIR.

¿Te falta resolucion?

CEBRIAN.

¡No! ¡Cuando grita la honra (Con fiera energía.)
enmudece el corazon!
¡Pongamos coto á esta guerra! (Sacando el puñal.)

DOMIR.

¡Al fin tu valor se exalta!

CEBRIAN.

¡Liñan, el cerrojo aferra! (Con imperiosa exaltacion.)

LIÑAN.

Alfonso... (Vacilando.)

CEBRIAN. (Con desesperacion.)

¡Sólo me falta
que tú me abandones! ¡Cierra!

(Zaya saca el puñal, hace un gesto significativo y desaparece.)

LIÑAN.

¡No hagas, Alfonso, ese alarde!

CEBRIAN.

¡Cierra pronto! ¡Por mi nombre!

¡Cierra! (Con irresistible imperio.) Y ahora...

Al decir esta última frase acomete á Domir impetuosamente; pero éste cierra la puerta contra la cual se estrella el esfuerzo de Cebrian.)

DOMIR.

Ya es tarde.

CEBRIAN.

¡Sal á lidiar! ¡Tú eres hombre!

DOMIR.

¡Sufre tu suerte!

(Desde dentro dando la vuelta á la llave.)

CEBRIAN.

¡Cobarde!

¡Liñan! ¡Se marchó! ¡Liñan!

¡Dios mio! ¡En mi ser despierta
los impulsos de un titán
para romper esta puerta!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Entre este acto y el anterior se supone que no hay intervalo; al comenzar se oyen por breves momentos el toque de rebato y el rumor confuso de la muchedumbre.

ESCENA PRIMERA.

CEBRIAN.

(Después de intentar en vano forzar las puertas.)

¿Porqué no alcanza el poder
á donde alcanza el deseo?
¿Porqué hizo el Supremo Sér
gigante nuestro querer
y nuestro impulso pigmeo?
¡Algo aquí con terquedad (Por el cerebro.)
los imposibles concierta!
¡Titán es mi voluntad!
¡Abarco la inmensidad...
y me detiene una puerta!
¡Allí mi hijo! ¡Allí dentro! (Cesa todo rumor.)
¡Muerto! ¡Y por toda esperanza
entre estos muros me encuentro
y la fuerza que concentro
á derribarlos no alcanza! (Pausa.)
No percibo ni el clamor
lejano de la batalla;
ni un acento, ni un rumor...
¡Cruel silencio! Todo calla...
Todo calla en rededor (Pausa.)
¿Oigo pasos? ¿No es quimera? (Escuchando al foro.)
¿No los fingen mis antojos?
¡A mí! ¡A mí! ¡Dios lo quiera!

JIMENA.

¡Cebrian! (Desde dentro.)

CEBRIAN.

Pronto. Por afuera
se descorren los cerrojos.

ESCENA II.

CEBRIAN y JIMENA.

JIMENA.

¡Alfonso! (Abriendo la puerta.)

CEBRIAN.

De mi furor,
medida será el dolor
incomparable que siento.
¡Jimena! Llegó el momento
de aquilatar tu valor.
No dá lugar al quebranto
ni admite cobarde llanto
la pena que me devora;
vamos á ser desde ahora
de todo infanzon espanto.
Por eso valor te exijo.
Por eso á tí me dirijo
aunque el alma te taladre.
¡Jimena! ¡Ya no eres madre!

(Con la mayor exaltacion ofreciéndole un puñal.)

¡Ven á vengar á tu hijo!

JIMENA.

¡Mi hijo! ¿Dónde está?

CEBRIAN.

Muerto
y á vengarle me concierto.

JIMENA.

¡Mi pobre razon estalla!

CEBRIAN.

No dudes del hecho.

JIMENA.

¡ Calla,
que me asesina tu aserto!
¡ Hijo! ¡ Hijo mio! ¡ Ay de mí!
¿ Por qué la vida te di
para morir de esta suerte?
¿ Por qué para defenderte
tal madre te cupo á tí?
* ¿ Por qué no supe amparar
tu existencia hasta espirar
siempre en tí los ojos fijos?
¿ Por qué concede Dios hijos
á quien no sabe luchar? *
¿ Dónde está?

CEBRIAN.

No se me alcanza;

(Confuso por ocultarlo.)

más de iracunda asechanza
víctima fué.

JIMENA.

¿ Tú le has visto?

CEBRIAN.

No, pero...

JIMENA.

¡ Más no resisto
las voces de mi venganza!

CEBRIAN.

Vamos.

JIMENA.

Subleva tu gente;
(Rehaciéndose y tomando el puñal.)
en oleada creciente,
penetra en la villa fiero;

yo voy á invocar el fuero
con mi dolor en la frente.
Y excitando con mis gritos
los esfuerzos inauditos
de las madres de la villa,
á no dejar ni semilla
de esos señores malditos.

CEBRIAN.

Así te quiero.

JIMENA.

Así soy.

CEBRIAN.

A entrar en la villa voy
á saco con mis pecheros.
Ven.

JIMENA.

Los siglos venideros
tendrán memoria de hoy. (Dirigiéndose al foro.)

ESCENA III.

DICHOS: DOÑA ELVIRA.

ELVIRA. (Sale por el foro.)

¿Dónde vais?

CEBRIAN.

Donde el terror
ha de ser mi precursor.

JIMENA.

Donde el lugar hecho trizas
no esconda ni en sus cenizas
los crímenes de un traidor.

CEBRIAN.

Vamos, Jimena.

ELVIRA.

Un momento.

CEBRIAN.

¡Ya no queda sufrimiento

(Conduciéndola al extremo derecha.)

en mi corazón airado!

Oid. ¡Lo han asesinado!

(Movimiento de horror de Elvira.)

¡Ramiro! (Elvira rechaza el aserto con un ademán.)

¡En ese aposento!

* Ved quien mis iras provoca.

Ved su madre medio loca

que ni lágrimas encuentra

y en su dolor se concentra.

Miradlo y sellad la boca.*

JIMENA.

Vamos, Alfonso.

ELVIRA.

Y yo en pos
ansiosa iré de los dos.

CEBRIAN.

No tal. En llanto sumida (Desde el umbral del foro.)

mientras le arranco la vida

por su alma rogad á Dios. (Váse.)

ELVIRA.

¡Piedad!

(Al ir á salir Jimena, Elvira la sujeta del vestido y cae de rodillas.)

JIMENA.

¡A la idea fija
que en mi mente se cobija
ya no hay piedad que le cuadre!

(Blandiendo el puñal.)

ELVIRA.

¡Vas á herirme?

JIMENA.

No. Sois madre.
¡Oh, como fuerais su hija! (Váse.)

ESCENA IV.

DOÑA ELVIRA, *sola*.

¡Ya no hay ventura para mí; severo
habrá su padre de dictar sentencia
si no es que la ejecutan desbordadas
las iras de la plebe turbulenta.
Al verdugo ó al pueblo alborotado
debe entregar la juvenil cabeza,
y en tan hondo quebranto ni su madre
halla justa y posible la defensa.
Sólo hay un medio de evitar su muerte;
que parta sin demora á la frontera
y oculte en territorio castellano
el sello ignominioso de su afrenta. (Pequeña pausa.)
¡Pero eso no es vivir!

(Despues de una pequeña pausa con resolucion.)

¡Yo soy su madre!

Salvar es lo primero su existencia.

¡Dios hará lo demás! ¡Ramiro! ¡Oye!

(Llamando á la puerta de éste.)

¡Estoy sola!... ¡Estoy sola!... Abre la puerta.

ESCENA V.

DOÑA ELVIRA, DOMIR.

DOMIR. (Dentro.)

Esperad.

ELVIRA.

Tengo miedo de que abra.

¡ Dios mio ! ¡ Qué mirada tan siniestra !

(Al ver á Domir, que sale agitado.)

Déjame entrar.

DOMIR.

Callad, que viene gente.

ESCENA VI.

DICHOS, LIÑAN con un pergamino en la mano; varios guerreros con hachas figurando teas. Durante esta escena colocan los criados una lámpara, á fin de que al desaparecer las teas quede la escena débilmente alumbrada.

LIÑAN.

¡ Domir ! ¡ Domir ! (Desde dentro.)

¡ Su madre ! ¡ Que no sepa !...

(A los que le acompañan, cuando ve á Doña Elvira.)

Señora, la jornada de este día,
jornada ha sido por demás funesta,
y escuchar relacion tan horrorosa
áun á las almas varopiles pesa.

ELVIRA.

Hablad, Liñan. En Aragon brindamos
altos ejemplos de valor las hembras,
y desmentir no puedo en la desgracia
la sangre que circula por mis venas.

LIÑAN.

No dá tiempo el peligro que corremos
para que insista en cortesanas muestras.
La victoria negada á nuestro esfuerzo
decide por Castilla la contienda,
y es hora de entregar al castellano
la heróica villa que furioso asedia,
ó pensar en morir como los buenos
al rudo embate de la lid sangrienta.
La flor de nuestros bravos campeones
sucumbió destrozada en la pelea,
como la erguida miés que el viento abate

el vértigo, al sentir, de la tormenta.
 Allí Luna, Vidal, Peralta, Ariza,
 Santangél y Jimeno de Lobera;
 allí Zapata, Palafox, Jimenez,
 los Zayas, los Liñanes, los Urreas
 destrozados los cráneos, aún blandian
 el hierro agudo en las inertes diestras.
 El honrado pendon de Torre-hermosa
 ví defender al indomable Heredia,
 y al arrancar de su robusto pecho
 fuerte y altivo la punzante flecha,
 contra el caudillo de la hueste extraña
 partir rugiendo, como herida fiera,
 y entrarse por las lanzas enemigas
 cual torrente que rompe entre maleza.
 Ví al Justicia, la espada fulminando,
 defender bravamente su bandera;

(En voz baja, llevándose á Domir.)

morir...

DOMIR.

¡ Morir ! (Aterrado.)

LIÑAN.

Como robusta encina
 cuyo cimientó la segur falsea.

ELVIRA.

¡ Liñan ! ¿ Qué ocultas ?

LIÑAN.

Ten. (A Domir, con cautela.)

DOMIR.

¡ Un pergamino ! (Idem.)

ELVIRA.

Habla, Liñan. (Con zozobra.)

LIÑAN.

Su voluntad postrera. (A Domir.)
 Decia á vuestro hijo, refiriendo (A Elvira.)

cierto detalle de importancia extrema,
que sólo ví despues nubes de polvo
que un mar de sangre sin cesar caldea;
gritos de muerte, cuyo ronco acento
á ningun grito humano se semeja;
el estrépito nuevo y formidable
de la estruendosa máquina de guerra
en cuyos senos tenebrosos late
el rayo que en los aires centellea...
y la noche por fin. La noche triste,
á nuestros duelos necesaria tregua,
nuncio de un nuevo sol, que á lucir viene
para ver tal desdicha y tal afrenta.
¡Para ver en los muros de la villa
enarbolar la castellana enseña!

DOMIR.

No será, vive Dios, mientras circule
la brava sangre que en mi pecho alienta.
Pronto, pronto, Liñan; nuestros guerreros
sin darte punto de reposo apresta;
excita, si es preciso, á las mujeres
para que el muro con valor defiendan,
y á favor de la noche, del cansancio,
del descuido en que vive la soberbia,
sepulcro nuestro suelo independiente
de esos feroces castellanos sea.

LIÑAN.

Dices bien...

DOMIR.

En el nombre de la patria
la hirviente sangre de Aragon incendia,
y el cuerpo de mi padre... (Aparte.)

LIÑAN.

De sudario (Idem.)
ya le ha servido su gloriosa enseña.

DOMIR.

Vé, pues, y que la voz de mi venganza
levante con furor hasta las piedras. (Váse Liñan.)

ELVIRA.

Si el delito que Alfonso le atribuye
no me causara horror; cuán placentera
le estrechara amorosa entre mis brazos
antes que parta á la mortal contienda.

DOMIR.

Marchad vosotros sin perder momento
(A los demás.)

á reparar las quebrantadas fuerzas.
No esperéis la señal; que del silencio
el éxito depende en tal empresa. (Vanse.)

ELVIRA.

Señor: si ha de morir, que muera al ménos
luchando como bueno en la pelea.

DOMIR.

Y vos, señora... (Indicándole puerta derecha.)

ELVIRA.

De tu noble padre
voy á calmar la intolerable pena.

DOMIR.

Lenitivos, señora, en su desgracia,
acaso más afligen que consuelan.
No vayais.

ELVIRA.

El deber me lo prescribe.

DOMIR.

El mio en deteneros se interesa.

ELVIRA.

¡Qué terquedad! El celo de una esposa
cuando es mayor el riesgo más se muestra.
Déjame ir.

DOMIR.

Señora, es imposible.

ELVIRA.

¡ Imposible! Tal frase me revela
 que algun secreto pavoroso escondes.
 ¿ Está herido tu padre? ¿ No contestas?
 ¡ Y aún pretendes robarle mis cuidados!
 ¡ Aparta, aparta, corazon de hiena! (Váse por el foro.)

ESCENA VII.

DOMIR *solo*.

Nadie encubrir la verdad
 podrá á su duelo profundo...
 pues bien: que le diga el mundo
 lo que ocultó mi piedad (Ligera pausa.)
 ¿ Qué dirá este pergamino
 que se me eriza el cabello?
 ¿ Qué influjo tendrá este sello
 sobre mi adverso destino?
 Aquí mi padre escribió
 ántes de la lucha fiera
 su voluntad postrimera.
 Tengo miedo. ¡ Miedo! ¡ Yo!
 Rompo el sello. (Lo rasga despues de vacilar.)

Roto está. (Ligera pausa.)

Las venas se hinchan; palpitan.
 ¡ Más aire, más, necesitan!
 ¿ Aire? ¡ Entereza quizá!

(Desplega el pergamino y lo lee con sombría ansiedad.)

« Tu verdugo debo ser
 como no acierte á morir.
 Me llamo Guillén Domir.
 Medita qué puedo hacer.
 No perdona el juez honrado
 jamás agravios ajenos,
 ni se mofa de los buenos
 en provecho de un malvado;
 pues todo al punto se vicia
 donde con torpe acritud
 se maltrata la virtud.

¡ Que no hay virtud sin justicia!
y al imperar las maldades,
se despiertan los enconos
y se derrumban los tronos
y tiemblan las sociedades.
Luego si he de ser honrado
mi suerte está decidida.
A los dos sobra una vida;
mira dónde hemos llegado.
Sudario haré del pendon
que espanto dió al mundo todo;
tal vez pueda de ese modo
trocar en honra el baldon...
Que verdugo no he de ser,
ni juez injusto vivir;
tambien te llamas Domir;
medita lo que has de hacer.» (Pausa.)
No lo sé. Mi aliento doma
catástrofe tan cruel...;
todas sus iras Luzbel
sobre mi frente desploma.
Un crimen horrible miro
por donde quiera que voy;
tan distinto de mí soy,
que aún no lloro... mas suspiro.
De mi conciencia tiranos
hondos lamentos escucho;
me acusan cuanto más lucho
tintas en sangre mis manos.
De estas cifras el poder,
centuplican mi sufrir.
« Tambien te llamas Domir,
medita lo que has de hacer.»
¡ Y en esta firma querida
y en esta sentencia santa,
una sombra se levanta
que está pidiendo mi vida!
« Injusto no he de vivir;
verdugo no quiero ser.»
Esto marca mi deber.
Esto me ordena morir.

(Deja el pergamino sobre la mesa.)

¡Vamos, pues! La noche avanza.
La patria me necesita.
¡Bendita noche; bendita
si me atraviesa una lanza!

(Al ir á marcharse ve á Jimena.)

Jimena viene; evitar
me estará bien toda lucha. (Entra en su aposento.)

ESCENA VIII.

JIMENA *sola.*

¡Desierto! (Al verse sola.) Todo el lugar
tiene tanto que llorar
que no me atiende ni escucha.
Corri las calles en vano;
invoqué sin fruto el fuero;
inútilmente esta mano.
con esfuerzo sobrehumano,
blandió el homicida acero.
Que á mi angustia, con dureza,
contesta un acento ronco,
mostrándome una cabeza
que no perdió su fiereza
ni áun separada del tronco;
*ó alguna crispada mano
cuya contracción espanta;
ó el grito de guerra insano
que estuvo á brotar cercano
de alguna inerte garganta; *
ó unos ojos que el furor
anima despues de yertos.
¡Cómo escuchar mi dolor
oyéndole en derredor
de aquella fila de muertos!
¡Al pesar que me anonada,
cómo rendir un tributo,
si con el alma angustiada
de tan horrible jornada
todos lamentan el fruto?

¡Todas el campo corriendo
 buscan el hijo ó el padre
 loca esperanza sintiendo,
 y hay tantas madres sufriendo
 que nadie escucha á esta madre!

ESCENA IX.

JIMENA, DOMIR *en el umbral de su puerta con todas armas.*

JIMENA.

Sólo me resta morir.

DOMIR.

¿Cómo su vista esquivar?

JIMENA.

¡Así no puedo vivir!

DOMIR.

No hallo modo de salir
 sin que lo llegue á observar.

JIMENA.

¡No sé qué esperanza aliento!

DOMIR.

Los fuertes latidos siento
 del corazon, que me salta.

JIMENA.

¡No sé qué evidencia falta!
 ¿Por qué dudo?

DOMIR.

¡Qué tormento!

JIMENA.

¿Dijo Alfonso la verdad?

DOMIR.

Esta constante ansiedad
un término ha de tener.

JIMENA.

¿ Lo vió muerto ?

DOMIR.

 Mi deber
es ántes que mi piedad. (Saliendo.)

JIMENA.

¡ Ramiro ! (Al verle.)

DOMIR.

 ¡ Fué una locura ! (Para sí toda la escena.)

JIMENA.

¡ Pon término á la tortura
que ya mi espíritu postra !

DOMIR.

¿ Qué humano poder arrostra
tan incesante amargura ?

JIMENA.

¿ Vive ? ¡ Responde á mi anhelo !
¡ Dáme el supremo consuelo
del cual depende mi vida !

DOMIR.

¡ Desde que soy parricida
hasta me rechaza el suelo !

JIMENA.

Dame mi hijo, Domir.
¡ Mira que voy á morir
de pena, ó á enloquecer !

DOMIR.

 Medita lo que has de hacer.
 (Concentrando el pensamiento.)
Injusto no has de vivir.

JIMENA.

¡ Ah! Mi pesar te importuna.
No hay madre á quien la fortuna
deje cual siente decirlo;
¡ que todas pueden sentirlo
pero pintarlo, ninguna!

DOMIR.

A conocerme no acierto.

JIMENA.

Ramiro... (Suplicante.) ¿ Qué es lo que advierto?

(Transicion.)

¡ Sangre tienes en la ropa!

DOMIR.

¡ Ya se desborda la copa!

ESCENA X.

DICHOS: DOÑA ELVIRA

ELVIRA.

¡ Muerto, Dios mio, lo han muerto!

(Entrando desolada.)

Allí tengo su cadáver
depositado en el lecho;
y tantas son sus heridas
que no caben en el cuerpo.

JIMENA.

¡ Dejad, dejad que mis ojos
desengañados al verlo,
conozcan que no hay ventura
que no me roben los cielos!

ELVIRA.

Ven á regar con tu llanto
aquellos sagrados restos;

¡que tu infortunio y el mio
no tienen otro consuelo!
Vamos, Ramiro.

JIMENA.

Imposible
es tan sacrilego intento.
¡Ved esta sangre! ¡Es la suya!
¿Cómo quereis exponerlo
á que las gotas que faltan
reclamen las que estais viendo?

ELVIRA.

¿Qué dices?

JIMENA.

¡Que esta es su sangre!

ELVIRA.

¿De quién? ¿De quién? ¡No te entiendo!

JIMENA.

¡Aquella! (Señalando al foro.)

ELVIRA.

¿La de su padre?

JIMENA.

¡Pero ese cadáver yerto!...

ELVIRA.

¡El del Justicia!

JIMENA.

¡Y mi hijo?

¡Dios de bondad! ¡Ni sus restos
para morirme besándolos
en parte ninguna encuentro!
¡Qué idea! En esa mirada

(Advirtiendo la mirada involuntaria de Elvira á Domir y de ambos al
aposento de éste.)

un rayo de luz sorprendo.
Dadme mi hijo, mi hijo.

(Dirigiéndose á la puerta izquierda.)

ELVIRA

¿Dónde vas?

JIMENA.

A ese aposento.

DOMIR.

Detente; que no está allí. (Confuso y aterrado.)

JIMENA.

En tu rostro lo estoy viendo,
y no me impide la entrada
todo el poder del infierno.

ELVIRA.

¡Jimena! (Queriendo contenerla.)

JIMENA.

¡Aparta! (A Domir, con exaltacion.)

DOMIR.

No hay modo.

ELVIRA.

¡No entres, no, Jimena! Temo...

JIMENA.

¡Qué es no entrar!

(Aparta con esfuerzo incontrastable á Domir, y penetra en la habitacion.)

ELVIRA.

¿Pero es verdad
que está ahí su hijo?

DOMIR.

Siento

aquí un volcan (Por el cerebro.)

JIMENA. (Dentro, con expresion de infinita desesperacion.)

¡Hijo del alma!

ELVIRA.

¡Qué horror!

DOMIR. (Aterrado.)

¡Justicia del cielo!

ELVIRA.

¡No puede ser! ¡Imposible!

(Al dirigirse al aposento de Domir, para cerciorarse de lo que sospecha y duda, se contiene ante Jimena, que sale, atraviesa la escena, y desaparece por el foro derecha lanzando gritos inarticulados, entre las exclamaciones siguientes.)

JIMENA.

¡Cebrian! ¡Hijo! ¡Cebrian!

ELVIRA.

¿Qué has hecho?

ESCENA XI.

DOÑA ELVIRA, DOMIR.

DOMIR.

No lo sé; no puedo ya
sobrellevar tal suplicio;
¡por todas partes la tierra
abre á mis piés un abismo!
¡Allí herido un inocente; (Por su aposento.)
la patria en grave peligro;
el cadáver de mi padre;
todo hace odioso el recinto
en que pasé tantos años
reverenciado y querido!

ELVIRA.

¡Lloras al fin!

DOMIR.

¡Madre! (Avergonzado.)

ELVIRA.

Llora.

Llora; el llanto es el rocío
que atrae sobre las almas
tal vez el perdón divino.

DOMIR.

¡Si no puedo!

ELVIRA.

Un pergamino
de tu padre; éste es su sello.
¡Otro recuerdo querido!
¡Otro dogal!

(Viéndole y desdoblándole maquinalmente.)

DOMIR.

¡Deteneos!
¡No descifreis esos signos;
que hay en ellos un secreto
del que me espanto yo mismo!

ELVIRA.

¿Qué golpe me puede herir
más hondo ni con más brio,
que los que hoy mi razón
han puesto en grave peligro?

DOMIR.

Hay en ese documento
tan terrible maleficio,
que entre leerle y morir,
madre, que murais os pido.

ELVIRA.

De tal suerte lo demandas,
que ya leerle es preciso.

DOMIR.

¡Por Dios!

ELVIRA.

¡Basta!

DOMIR.

De rodillas
que no leais, os suplico.

ELVIRA.

«Luego si he de ser honrado,
(Leyendo con ansiedad creciente.)

tu suerte está decidida.
A los dos sobra una vida.
Mira dónde hemos llegado.
Sudario haré del pendon
que espanto dió al mundo todo.
Tal vez pueda de ese modo...»
¡Ya lo comprendo!

DOMIR.

¡Perdon!

ELVIRA.

¡Mi esposo ha muerto por tí!
¡Tú parricida! ¡Dios mio!
¡Pudiera dudar de tí (Al cielo.)
quien engendra un asesino!
¡Apuremos gota á gota
el cáliz de este martirio! (Pausa.)
¡Gente llega! Tu deber
te dicta ese pergamino.

ESCENA XII.

DICHOS, LIÑAN.

LIÑAN.

Un emisario del Rey,
amparado de la noche,
entró hace poco en la villa.

DOMIR.

¿Entro en la villa? ¿Por dónde?

(Procurando reponerse.)

LIÑAN.

No sé. Su Alteza nos manda romper el concierto noble que hicimos, de morir todos al pié de nuestros pendones.

DOMIR.

¿Qué más ordena Su Alteza?

LIÑAN.

Que el lugar se desaloje, ya que la fuerza no basta contra ese ejército enorme.

DOMIR.

Tenemos falta de brazos, mas sobra de corazones, y hoy lidiarán las mujeres, tal vez mejor que los hombres, y hoy será espanto á Castilla de Calatayud el nombre; pues donde se odia la vida, no vence el hierro ni el bronce. ¿Qué gente tenemos lista? Al Rey así se responde.

LIÑAN.

No llegan á mil, Ramiro, y eso que en la villa entróse Alfonso, rompiendo el cerco por el portillo del Norte, con ánimo muy diverso de permitir á sus hombres, que combatan por la villa; pero es valeroso, es noble y habla más alto la patria que el grito de sus rencores.

DOMIR.

¿Se batirá á nuestro lado?

LIÑAN.

Es muy posible. Sus leones
dispuestos tiene al combate;
están de refresco; ponles
en lo récio del peligro;
porque el temor no conocen
y segarán enemigos
como si talaran bosques.

DOMIR.

Sí haré

LIÑAN.

Veamos quien llega.

ESCENA XIII.

ELVIRA, DOMIR, LIÑAN, UN INFANZON.

INFANZON.

Mientras cerque el castellano
el muro que entrar codicia,
queda, Domir, la justicia
depositada en tu mano.
Pese á tu edad, el concejo
que nos mandes determina;
pues no siempre se combina
el ser sabio y el ser viejo.
Cuando termine el furor
que anima el pecho leal,
si tu has procedido mal
elegiremos mejor.

DOMIR.

Deber me dais bien amargo.

INFANZON.

Sé de tu padre el reflejo
y ve que espera el concejo
saber si aceptas el cargo.

ELVIRA.

No aceptes, Ramiro.

(En voz baja llevándose a un extremo del proscenio y continuando el diálogo en el mismo tono mientras Liñan y el Infanzon hablan en otro extremo.)

DOMIR.

Madre.

ELVIRA.

No aceptes, no, que tu padre
se puede alzar de la tumba.
Matáronle tus excesos
y el culto de honrado nombre;
pero al ver tal, no te asombre
que se estremezcan sus huesos.

DOMIR.

¡Madre! En mitad del camino
hallo un punto de perdon;
no impidas mi salvacion;
deja obrar á mi destino.
Deja que el brazo iracundo
y el ánimo justiciero,
éste restablezca el fuero
y aquél maraville al mundo.
Deja que salve la villa
que nos ha visto nacer;
deja que tenga poder
para morir sin mancilla;
y cuando el nombre sustente
tan alto, que tengan celos,
el águila de sus vuelos
y de sus alas la mente,
yo buscaré la ocasion
de morir con tal decoro
que esculpan mi nombre en oro
las páginas de Aragon.

ELVIRA.

¡Qué pronto te has olvidado
de todo y hasta de tí!
¡Si tu murieras así
quién querría ser honrado?
Si tu alzaras la cabeza,
osando mirar al sol
sin pasar por el crisol
de la virtud tu nobleza,
nadie su lumbre mirara,
aunque en tinieblas viviera,
pues por afrenta tuviera
el recibirla en la cara.

DOMIR.

¡Madre!

ELVIRA.

Imagina otro modo
de vindicar tu opinion.

DOMIR.

Volviendo á mi condicion (Con exaltacion.)
y atropellando por todo;
pidiéndole á mi coraje
únicamente consejo;
aceptando del conejo
cuanto ofrece á mi linaje;
arrojándome á morir
en alas de mi deber...

ELVIRA.

Medita lo que has de hacer (Interrumpiéndole.)
pues que te llamas Domir.

DOMIR.

¡Tocando estaba la gloria
y me hundes en el infierno!

ELVIRA.

Tu duelo ha de ser eterno
mientras conserves memoria;

todos tus vínculos rotos
están, Ramiro, en la villa.
¿Quieres lavar tu mancilla?
Ven á lugares ignotos.
Nueva vida, nuevo sér,
te brinda el remordimiento;
recorre con noble aliento
la senda de tu deber;
¡pero el cargo de tu padre
no aceptes... ó te confundo!

DOMIR.

¡Nada me resta en el mundo!

ELVIRA.

¡Todo! ¡Te resta tu madre!

INFANZON.

¿Qué decides? A Domir.)

DOMIR.

No lo sé.

INFANZON.

¡La patria peligra!

DOMIR.

¡Sí! (Con desesperacion.)

INFANZON.

Y el vacilar...

DOMIR.

¡Ay de mí! (Con ira y amargura.)

ELVIRA.

Dirás que renuncia. Vé. (Al infanzon.)

INFANZON.

¿Le quieres cobarde?

DOMIR.

¡Oh!

ELVIRA.

Calla. (Al infanzon.)

INFANZON.

Castilla á tu pueblo azota;
al dar la tregua por rota
con la noche, su ódio estalla,
y si la lucha se inicia
sin jefe...

DOMIR.

¡No puede ser! (Con exaltacion.)

Acepto. (Con energia despues de contener á su madre.)

INFANZON.

¡Pues á vencer (Con entusiasmo.)

ó á morir como Justicia! (Váse por el foro derecha.)

ELVIRA.

¡Qué sacrilegio!

DOMIR.

No, madre.

Tu hondo quebranto avasalla;
que yo seré en la batalla
digno de ti y de mi padre,
y si la desdicha un muro
entre mí pone y la muerte,
tan sólo por merecerte
renunciaré; te lo juro.

ELVIRA.

Ya mi razon se perturba;
todo me causa pavor. (Rumores dentro.)
¿Qué sucede?

LIÑAN. (Al oír los murmullos.)

Tal rumor...

DOMIR.

Mira qué quiere esa turba. (Liñan se dirige al foro.)

ESCENA XIV.

DICHOS, JIMENA, CEBRIAN, infanzones, pecheros y pueblo,
que alumbra con teas.

LIÑAN.

¡Cebrian!

ELVIRA.

¡Y Jimena tambien!

CEBRIAN.

Vago rumor difundido
dice que te han conferido
el cargo que honró Guillén.
¿Es cierto?

DOMIR.

Sí.

ELVIRA.

¡Qué tortura!

CEBRIAN.

¿Has jurado?

DOMIR.

No.

CEBRIAN. (Presentándole la espada por la cruz.)

Mi espada.

Hé aquí la cruz venerada.
Conságrate al pueblo. Jura.

ELVIRA.

¡No!

CEBRIAN.

Jura.

ELVIRA.

¡El pecho me arde!
¡No jures!

JIMENA.

¡Cómo!

ELVIRA.

No puedo
consentir...

CEBRIAN.

¿No tienes miedo
de que te juzguen cobarde?

DOMIR.

¡Injuria tamaña arrostro!

CEBRIAN.

Tu puesto de honor ocupa,
si no quieres que te escupa
todo Aragon en el rostro.

DOMIR.

¡Oh! (Con exaltacion.)

ELVIRA.

¡Hijo mio! (Conteniéndole.)

JIMENA. (Con desden é indignacion.)

¡Está temblando!

DOMIR.

¿Yo? (Con más exaltacion.)

JIMENA.

¡Tú!

ELVIRA.

Me falta la luz.

CEBRIAN.

Jura pronto; que la cruz
y el pueblo están esperando.

DOMIR.

Apartad.

(Separa á su madre con imperio y coloca la diestra sobre la cruz de la espada.)

ELVIRA. (Con desolacion.)

¡Ay de los dos!

DOMIR.

Juro mi cargo ejercer (Con entereza y majestad.)
sin faltar á mi deber.
¡ Lo juro en nombre de Dios!

CEBRIAN.

(Apoderándose de la frase y cambiando de tono por completo.)

Pues bien: tu gobierno inicia
aquí por primera vez,
y escúchame como juez,
que voy á pedir justicia.

(Movimiento de asombro en Domir; de espanto en doña Elvira, y de curiosidad en todos. Cebrian presenta ante Domir á Jimena con imperio.)

Habla ya. (A Jimena.)

JIMENA.

En ese aposento
ha penetrado la muerte,
y rígido, helado, inerte,
hay un cadáver sangriento.

DOMIR.

Por él á Zaya esta mano
(Reaccionándose y disculpándose débilmente.)
quitó en castigo la vida.

JIMENA.

El verdadero homicida
no fué nunca aquel villano.

DOMIR.

Yo le exigí juramento
de no matarle.

JIMENA.

¡Demente!
No es el primer delincuente
el que sirve de instrumento.

CEBRIAN.

¡Basta! (A Jimena, separándola con imperio.)
Juzga. Un infanzon (A Domir.)
responde de esa existencia,
y yo exijo la sentencia
del Justicia de Aragon.
¿La dictas?

DOMIR.

Sí. (Con exaltacion.)

ELVIRA.

¡Horrible suerte!

CEBRIAN.

Termine pronto esta lucha.
El pueblo todo te escucha.
Dicta sentencia.

DOMIR.

(Saca el puñal; todos retroceden instintivamente, y Domir se hiere en el corazon.)

¡De muerte!

ELVIRA.

¡Ah!

(Acudiendo á sostenerlo al propio tiempo que Liñan y algunos guerreros.)

JIMENA.

¿Qué has hecho?

DOMIR. (Desfalleciendo.)

Buscar la calma.

ELVIRA.

¡ Ramiro ! (Desesperada.)

JIMENA.

Estoy confundida...

DOMIR.

No llores, quizá esta herida (A su madre.)
es la redencion del alma.

ELVIRA.

¡ Oh ! (Con desesperacion comprimida.)

LIÑAN.

Se muere.

DOMIR.

Cebrian, perdon...

CEBRIAN.

¡ Y mi hijo ! (Con amargura y rencor.)

DOMIR.

Denso velo
cubre mis ojos.

CEBRIAN.

El cielo
tenga de tí compasion...

DOMIR.

Aquí en el cerebro zumba...

CEBRIAN.

Mas no esperes de mis labios...
(Continuando su pensamiento.)

JIMENA.

Calla, Cebrian; los agravios
no han de llegar á la tumba.

DOMIR.

¡Madre! (Espira.)

ELVIRA.

¡Hijo! (Con suprema angustia.)

CEBRIAN.

¡Muerto!

LIÑAN.

Y Castilla

su hueste furiosa avanza.

CEBRIAN.

Nos resta, pues, la esperanza
de inmolarnos por la villa.
¡Tan sólo el temor me arredra
de vivir! ¡Castilla cede...
ó al muro mientras nos quede
por defender una piedra!

JIMENA.

Vamos, que aquí desolada
recordando al hijo mio,
hallo en mi alma un vacío
que no se llena con nada.

CEBRIAN.

¡Sólo la muerte acaricia (Con amargura.)
nuestro hondo quebranto!

JIMENA.

¡Es cierto!
¡A morir! ¡Como él ha muerto! (Por Domir.)
¡En aras de la justicia!

FIN DEL DRAMA.

CHAPTER

OF THE

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

...

NOTAS.

1.^a Todos los actores que han tomado parte en esta obra, lo han hecho con tan buen deseo, que el autor se cree obligado á rendirles testimonio público de su agradecimiento.

2.^a Ramiro Domir es el papel más difícil de la obra. Su única accion odiosa consiste en un raptó, y sin embargo, de no caracterizarse bien, resulta un personaje monstruoso.

Los crímenes, juzgados por el criterio de la moral universal, son odiosos siempre y siempre dignos de execracion; pero juzgados por el criterio social revisten otro carácter. El asesinato de Zaya por Domir es siempre un asesinato; pero considerando el sentimiento de justicia que lo impulsa y las costumbres de la época, debía aparecer ante los ojos de aquella sociedad como un acto perfectamente justificado. Así, pues, Domir, á los ojos de aquella sociedad no era culpable directamente sino de un raptó, y sólo muy indirectamente de la muerte del hijo de Jimena. Persuádase, por tanto, el actor que represente este papel, de que los crímenes que se le imputaban y los delitos que en efecto había cometido, no podian ser suficientes para conducirle á la catástrofe final. La muerte de su padre, cuya causa reconoce ser, le abruma, le anonada, y es en realidad quien decide su ánimo (al propio tiempo que la imposibilidad de justificarse), al hecho con que termina su existencia.

Hasta la mitad de la escena IV del primer acto, Domir es un personaje que se siente halagado por su posicion social, por el lugar que ocupa entre los valientes de la villa y por la satisfaccion de

haber hallado al objeto de sus amores, puros hasta entónces. Desde aquí hasta que recibe la afrenta inferida por Cebrian, pasa desde el despecho á la cólera, sucesivamente; al recibir el bofetón, su primer impulso es el de todo hombre valeroso; empuña la espada, pero la fiera alegría que se pinta en el rostro de Cebrian le recuerda su estado y le hace concebir la idea de vengarse por mano del verdugo para ultrajar más á su adversario y no darle la satisfaccion de cruzar su espada con la de un infanzón.

Desde este momento, su amor, que no desaparece ni es lógico que desaparezca, y su venganza, le impulsan á procurarse medios de satisfacerlos; pero es necesario que el actor se persuada de que cuanto dice Domir contra Cebrian, lo siente; pero las amenazas que dirige á Jimena y las contestaciones con que replica á su madre, brotan como efecto de las circunstancias, sin propósito deliberado de que los hechos las justifiquen, como lo prueba castigando á Zaya cuando éste comete crímenes que no estaban en la conciencia de Domir.

En el tercer acto, y desde que sabe la muerte de su padre, el remordimiento más sincero, el pesar más profundo, el abatimiento más completo, deben pintarse en sus ademanes y en su acento; y si alguna vez al oír que la patria peligra ó al escuchar las reconvencciones de su madre tiene algun momento de entereza, de dignidad ó de valor, está escrito precisamente para que al instante se advierta más el desaliento, la postracion, que suceden á aquellos relámpagos fugitivos.

En la escena final, como Liñan le ha dicho de antemano que Cebrian se batirá á su lado en defensa de la villa, oye á éste sin sospechar el motivo que allí le conduce, y si vacila en jurar es porque cree, como su madre, que es sacrílego semejante juramento.

Al comprender los intentos de Cebrian, vacila un momento é intenta defenderse; pero ante los sarcasmos de Jimena y los insultos de Cebrian inferidos á la faz del pueblo, despiértase su valor; recuerda los altos hechos de su padre; considera que sólo una accion

heróica puede libertarle á la vez del ludibrio y de los remordimientos; comprende que el principio de justicia es el *único* principio vital de las sociedades, y que á ejercerla está llamado por un juramento solemne, y cumple éste sin vacilar.

No titubee ningun primer actor en repartirse este papel; los aplausos arrancados con él serán acaso pocos, pero serán en cambio muy legítimos.

3.^a Los versos comprendidos entre asteriscos, se suprimieron la noche del estreno para aligerar un tanto algunos pasajes de la obra.

ERRATAS.

PÁGINA.	VERSO.	DICE.	DEBE DECIR.
41	22	es eso.	fué eso.
44	8	¿Vé, Jimena Vidal?	Vé, Jimena Vidal.
36	44	¡De ira no acierto!	¡De ira no aciertol...
57	»	ESCENA IV.	ESCENA III.
58	»	ESCENA V.	ESCENA IV.
63	44, 42 y 43	Al mirar que abusando de la fuerza, con odiosa altivez,	Al mirar con qué odiosa altivez,
71	40 y 41	vi en cada boca una afrenta un agravio en cada boca	Y, de terror casi loca, vi un agravio en cada boca y en cada boca una afrenta.
108	Sobran los versos 2.º, 3.º y 4.º		
111	Después del verso octavo debe decir.		DOMIR.
	Antes del noveno debe decir.		Un infanzon.
112	Después del tercer verso debe decir.		Domir, oye. DOMIR.
			Antes que el lugar sucumba... (Explicando á su madre por qué acepta.)

De estas erratas se confiesa el autor culpable, por haber corregido las pruebas con demasiada precipitación.

PUNTOS DE VENTA

MADRID.— Librerías de la Plaza de las Descalzas Reales, calle de Carretas, de D. Alonso Durán, Carrera de San Jerónimo, de D. Pascual López, calle del Gólgota, de las Artes de S. J. de la Encarnación, de D. de la Cruz, calle de Alcalá.

PROVINCIA.— En casa de los correspondientes de la Administración de Correos y Telégrafos.
También en las librerías de los puntos de venta de los departamentos de la Administración de Correos y Telégrafos, en los puntos de venta de los departamentos de la Administración de Correos y Telégrafos, en los puntos de venta de los departamentos de la Administración de Correos y Telégrafos.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.—Librerías de la *Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo; de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de los *Hijos de Fè*, calle de Jacometrezo, 44, y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.—En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.